

DE VUELTA AL “BARRIO DE LOS TEMPLOS” LOS ORÍGENES FENICIOS DE UN GRAN SANTUARIO MAURITANO

CARMEN ARANEGUI GASCÓ - RICARDO MAR



Fig. 1. El barrio monumental de Lixus en la actualidad.

EN BUSCA DE MONUMENTOS PERDIDOS

Los estudios específicos desarrollados a lo largo de los años 2005-2009 han revelado una secuencia compleja de muros y elementos arquitectónicos que hasta ahora era desconocida. Su cronología se sucede desde los ss. VIII-VII a.C. hasta la Edad Moderna. Pero estas estructuras prosiguen fuera de la actual área de excavación y, en algunos casos, enlazan con los muros de las Cámaras Montalbán que ofrecen información fundamental para reconstruir el alzado de los edificios del área monumental antigua en su conjunto. Nuestros trabajos aportan datos estratigráficos imprescindibles para fijar las fases de su evolución. Buena parte del denominado

“barrio de los templos” constituye un continuo construido del que las Cámaras y, por supuesto, el área S adyacente, son tan solo una parte.

A lo largo de los capítulos precedentes se ha presentado la historiografía y el registro arqueológico reciente de la parte excavada. Sin embargo, para comprender las implicaciones que tiene todo ello en la historia urbana de Lixus, es necesaria su contextualización en la topografía del área monumental de la ciudad (fig. 1). Nuestro objetivo ha sido reconstruir el proceso de formación de un paisaje cultural diacrónico, ya que la nueva información arqueológica ayuda tanto a esclarecer las propuestas de Ponsich, de hace casi 30 años, como a comprender la formación de un auténtico teji-



Fig. 2. Planta de Lixus (dib. R. Mar).

do urbanístico y su metamorfosis a lo largo de las sucesivas etapas de la historia lixitana. De ella nos hemos ocupado en lo que afecta a los periodos que van desde su origen hasta la cancelación del Reino protegido de Mauritania con la creación de la Tingitana (43 d.C.), sin olvidar los hallazgos medievales.

Los orígenes del centro cívico de la ciudad entre época fenicia y mauritana

Nuestros resultados nos llevan a interpretar el “barrio de los templos”¹ como el auténtico centro cívico de la vieja ciudad fundada a orillas del Atlántico (fig.2).

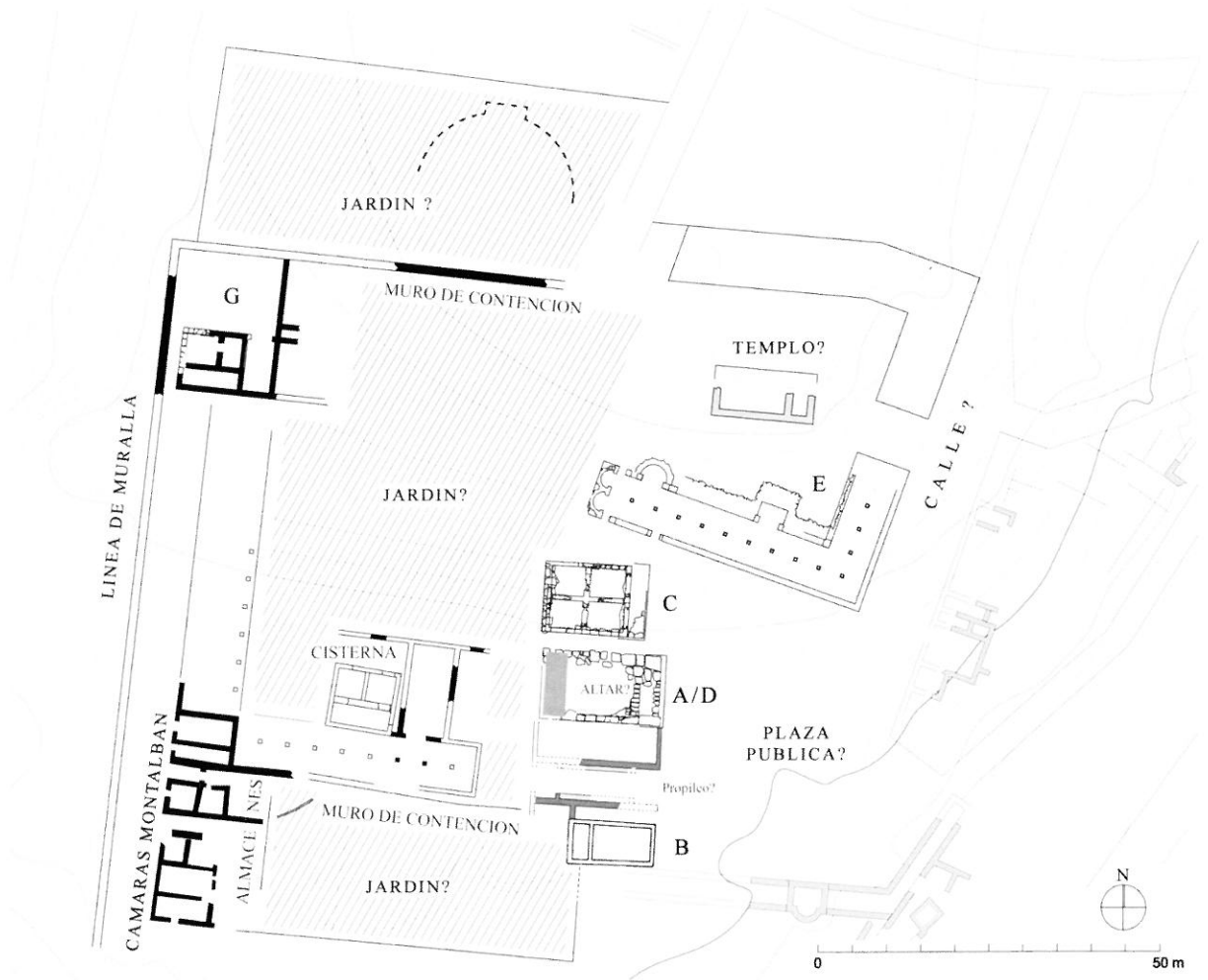


Fig. 3. Planta del santuario mauritano distribuido en tres terrazas (dib. R. Mar).

Naturalmente, un centro urbanístico tan prolijo y extenso (la zona en estudio llega a ocupar entre 8000 m² y 1 Ha) no fue construido de una sola vez. Sabemos que sus inicios se remontan al periodo fenicio pero que su forma actual es la consecuencia de un desarrollo a lo largo de los periodos púnico, mauritano y romano. Por las relaciones establecidas entre las excavaciones de distintas épocas, creemos que un santuario de clara matriz oriental alcanza su plena configuración arquitectónica bajo el Reino independiente de Mauritania, en el s. II a.C. Contamos con dos sectores decisivos a la hora de describirlo. El occidental, con una batería de almacenes que se prolongaba en sentido N-S a lo largo de la muralla de la ciudad y, en el flanco opuesto, el sector oriental, ocupado por una hilera de edificios religiosos. Entre ambos se extendía un sistema de tres terrazas sostenidas por muros de contención, cuya arquitectura

solamente puede ser esbozada del periodo mauritano en adelante (fig. 3).

Los primeros restos contextualizados se sitúan en el SO del conjunto y se fechan en época fenicia. Se trata de datos puntuales verificados en los niveles más profundos de las nuevas excavaciones. Demuestran que la organización en terrazas comenzó en época orientalizante (ss. VII-VI a.C.) y fue siendo objeto de reformas a lo largo de los siglos sucesivos. La categoría de los muros identificados indica que los primeros aterrazamientos en cremallera eran ya infraestructuras públicas aunque, al tratarse de datos muy fragmentarios (fig. 4), no podemos precisar su planta y alcance para esta fase tan remota. Las construcciones religiosas más antiguas de la ciudad, en el sector oriental, descubiertas por Montalbán y Ponsich, son los templos "A-D", cuyas plantas, publicadas en 1981, revi-



Fig. 4. Muro fenicio UE.1167, parte de un muro de aterrazamiento (campana 2007).

sadas en los últimos años (Brouquier-Reddé *et al.* cit.), mantienen su primera fase constructiva en época fenicia. Si relacionamos esta atribución con la periodización obtenida en la excavación objeto de este volumen, es posible concretar algo más la cronología, teniendo en cuenta lo efímero de las estructuras datadas en los ss. VII-VI y la importante remodelación del ala occidental a mediados o finales del s. VI, e inferir que es en este segundo momento cuando cobra importancia todo el proyecto y se levanta el edificio “A”, de amplísima cronología, en el santuario que proponemos.

A medida que fueron transcurriendo los ss. V, IV, III y II a.C. se fueron añadiendo unidades a las primitivas construcciones, manteniéndose almacenes al O y edificios de culto al E. El probable templo rodeado por el criptopórtico en L (“E”) y los edificios de culto “C” y “B”, estos últimos con la fachada principal orientada al E (fig. 5), responden a esta dinámica. Construidos en diferentes momentos, su técnica arquitectónica y los datos estratigráficos publicados denotan que ya existían, en parte, a principios del s. II a.C. y que todos ellos perduraron hasta el final de la ciudad antigua.

El gran basamento del denominado templo “A-D”

Al primer edificio de culto corresponde el gran basamento “A” de planta rectangular que se extiende bajo el edificio “D”. Se trata de un rectángulo formado por grandes bloques, algunos de los cuales alcanzan los 3 m de lado x 1,5 m de altura, extraídos del substrato de la colina aprovechando su estratificación en capas, que definen una superficie horizontal bien regularizada. Los bloques de mayores dimensiones describen su perímetro, mientras

que el interior está ocupado por los de tamaño menor. Tan sólo en la parte E del basamento los bloques interiores se ordenan para formar una alineación, que no llega a corresponder a los paramentos rectos de un muro interior.

Este basamento está rodeado por el S y por el O por un muro *megalítico* de bloques irregulares, someramente desbastados, que tienden a formar hiladas más o menos regulares de unos 0,75 m de altura x 1 m de anchura. Ponsich (1981, 28-32) descubrió dos tramos de unos 10 m de longitud y los denominó templo “A-D”. La separación entre el basamento y este muro en L es de 2 m. Aunque no presentan sus caras regularizadas, algunos de sus bloques tienden a la forma de un sillar paralelepípedo, si bien se combinan con otros mucho más irregulares para definir los planos de asiento de tres hiladas superpuestas que se apoyan en la roca natural. Ponsich (cit., 45, fig. 9) publicó su planta detallada y su sección (fig. 6) y después (Brouquier-Reddé *et al.* cit., fig. 1) se han documentado dos salientes interiores que aparentemente enlazan dos esquinas del gran basamento con este muro perimetral (fig. 7), prolongaciones que se desarrollan en la cota de la cimentación y pueden ser interpretadas como estructuras de arriostramiento, destinadas a dar estabilidad al muro del recinto. Basamento y muro perimetral están cubiertos por construcciones y pavimentos posteriores, que Ponsich dató en época augustea pero que corresponden a más de una etapa. En la actualidad se ve un *signinum* de *batutto di marmo* recubierto por otro pavimento con pequeñas lastras de mármol blanco incrustadas (*opera scutulata*) (fig. 8), reflejo de transformaciones del primitivo edificio. El excavador citó también los materiales correspondientes a la excavación en profundidad de los rellenos que colmataban el espacio comprendido entre el gran basamento y el muro perimetral, hasta alcanzar la roca de la colina (*sondage* 8) (Ponsich cit., 32 y pl. X). Dichos rellenos contenían cerámicas fenicias en toda su potencia (v. cap. 2), presentando un fragmento una inscripción fenicia incisa (fig. 9) de carácter votivo, con un teónimo que empieza por la letra *mem* y la mención de un altar (Ruiz Cabrero cit.).

Las características del gran basamento y la existencia del recinto que lo rodeaba autorizan determinadas propuestas para su restitución en altura, que Ponsich no supo ver. Procedamos a eliminar las construcciones que actualmente se apoyan sobre el basamento, atribuidas a épocas sucesivas. Nos encontramos entonces con una plataforma compacta que servía de fundación a un monumento de dimensiones considerables, con un pasillo de anchura regular en torno a dos de sus lados. Puesto que continuaba hacia el N y hacia el E por debajo de otras obras más

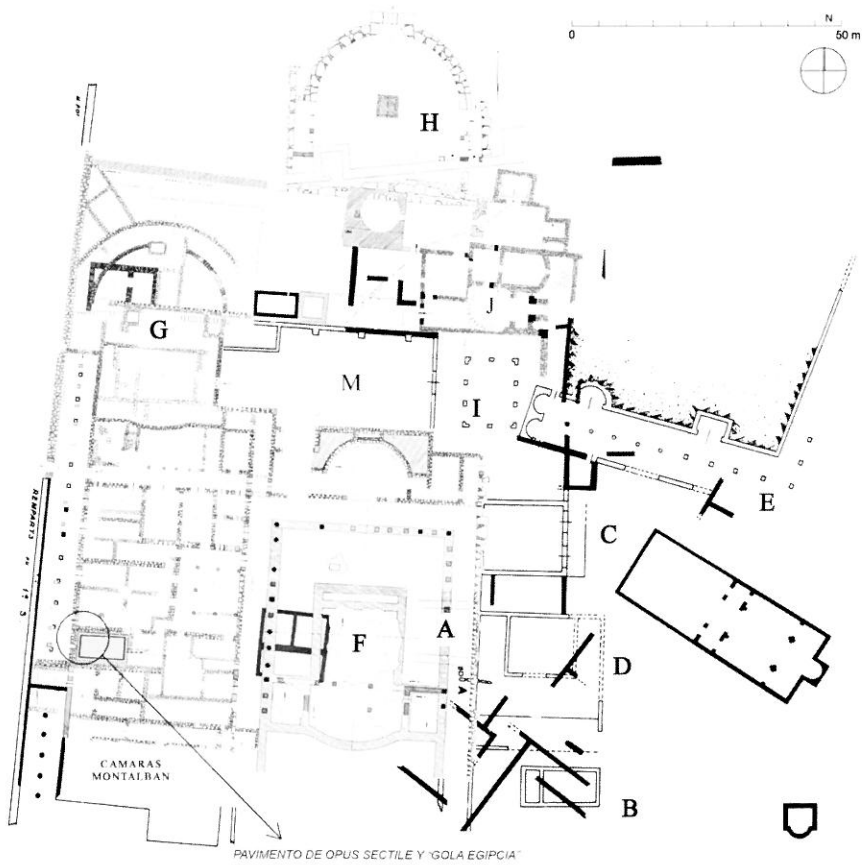


Fig. 5. Planta del barrio de los templos, según Ponsich (1981).

modernas, es posible imaginar que en origen (época fenicia) el potente muro "A" perteneciera a una estructura que rodeaba regularmente el gran basamento "D", cuyo tramo N habría sido arrasado por la posterior construcción del edificio "C", mientras que el tramo E se debería situar más allá del límite de la excavación de Ponsich. Una segunda consideración es que dicha estructura en L fuera una cimentación que, a juzgar por su potencia y profundidad, debía sostener un muro con un considerable desarrollo vertical. Todos los indicios arquitectónicos apuntan, en consecuencia, en la dirección de un recinto cerrado alrededor del monumento construido sobre el gran basamento.

Con estos elementos sólo contemplamos tres posibilidades para interpretar el alzado del edificio sobre el basamento: a) un templo con *cella* rectangular alargada y escalera de acceso frontal desde el E, con cuatro o cinco escalones de desarrollo vertical, rodeado por un muro de recinto colocado a 2 m de distancia; b) un baldaquín articulado en altura cubriendo un altar similar a los que conocemos en estelas y en monedas, rodeado por un muro de

recinto colocado a 2 m de distancia; c) una plataforma rectangular accesible por una escalera situada en su lado O, con cuatro o cinco escalones de desarrollo vertical, que sostuviese un altar rectangular o cuadrado, colocado en el extremo O de la plataforma, igualmente rodeado por un muro de recinto colocado a 2 m de distancia. La naturaleza de los datos disponibles no despejará nunca con certeza cuál de estas tres posibilidades corresponde al alzado del edificio. Sin embargo algunos indicios pueden dar mayor verosimilitud a alguna de ellas. Existen algunas objeciones a la hora de imaginar una *cella* compacta sobre el gran basamento. En primer lugar por la disposición de los grandes bloques que forman el perímetro de la estructura que, en ningún caso, llegan a delimitar o sugerir la posición de la cara interior de un podio que hubiera servido para sostener las paredes laterales de la *cella*. Es cierto, sin embargo, que si descartamos el podio con escaleras e imaginamos muros de tierra o adobes, precedidos por un pórtico de madera, todo ello al mismo nivel que el terreno circundante, el basamento de bloques constituiría una cimenta-

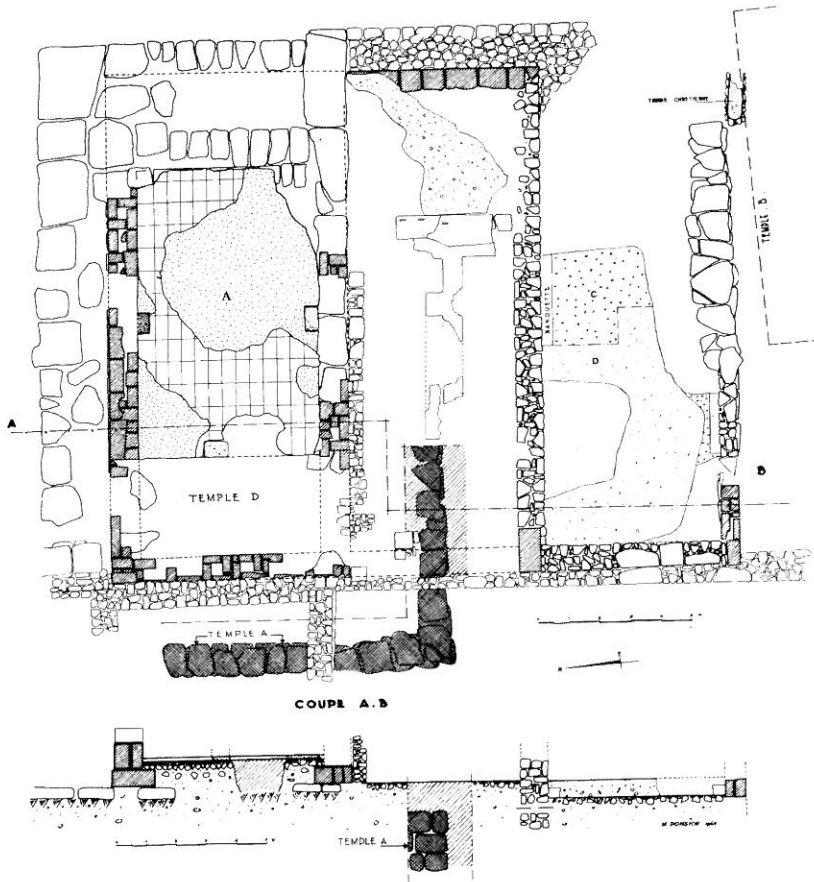


Fig. 9.
Plan et coupe des temples A et D.

Fig. 6. Edificio "A-D", según Ponsich (1981).

ción suficiente para soportar el edificio. Contamos con algunas representaciones de este tipo de capillas de tradición fenicia distribuidas por todo el Mediterráneo, con Antas (Acquaro *et al.* 1986) y la capilla del tofet de Monte Sirai (Bartoloni 1989), en Cerdeña, como ejemplos bien estudiados. Es característica su cubierta plana y la introducción de elementos decorativos asociados a su fachada. A favor de esta hipótesis está la alineación que forman algunos de los bloques internos del basamento, supuesto apoyo de la puerta de la *cella* del templo; en contra juega la escasa distancia que habría separado el muro del recinto de la pared de la *cella* (apenas 2 m). En cualquier caso, ninguno de ambos argumentos permite descartar categóricamente esta primera hipótesis.

La segunda hipótesis, un baldaquín ligero que cubriese un altar, constituye una solución arquitectónica de escasa entidad estructural, lo que elimina el problema técnico de considerar el basamento como su cimentación.

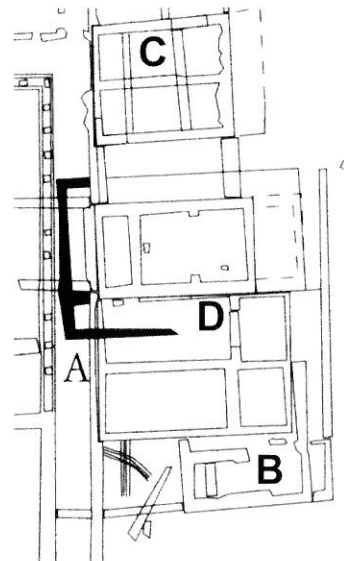


Fig. 7. Sector "A-D" según Brouquier-Reddé *et al.* (2006).



Fig. 8. Pavimentos superpuestos en el templo "D"



Fig. 10. Moneda de la serie 2, con representación de *naiskos*.

Podemos suponer, además, que el baldaquín tuviese un tamaño menor que el basamento, con lo que las limitadas dimensiones del recinto apoyado en el muro perimetral en L no constituirían una objeción insalvable. A favor de esta hipótesis juega el *naiskos* representado en la moneda de serie II de la ceca de Lixus, del s. II a.C. (fig. 10), comparable, aunque a muy pequeña escala, al del santuario de Amrit (Siria) (Dunand, Saliby 1985), a la reconstrucción propuesta para la capilla Carton (4,80 m x 4 m) (Ferjaoui 1987) y algo más distante del templete de Sidi Bou Saïd (*cella* de 2,25 m x 1,70 m), ambos en Cartago, todos de época helenística (Wightman 2007, 422). Los edículos representados a partir del s. IV a.C. en numerosas estelas de carácter funerario, constituyen un repertorio arquitectónico adicional para imaginar este tipo de edificios. Destacan en esta serie los numerosos ejemplos de estelas con la representación de *naiskos* funerarios descubiertos en Marsala, en la zona púnica de Sicilia. En contra de esta hipótesis juega la falta de cualquier elemento estructural en el extremo O del basamento, que es precisamente la posición que debía ocupar el baldaquín.

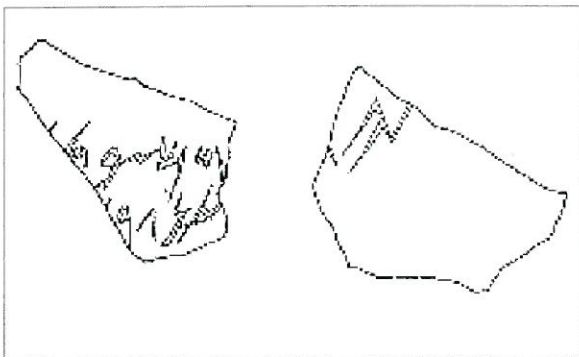


Fig. 9. Grafito fenicio 01 procedente del sector "A-D", según Ponsich (1981).

La tercera hipótesis, el altar sobre una plataforma accesible por escalera, es la que resulta más fácilmente compatible con las evidencias materiales que han sobrevivido. La alineación de bloques situada en el extremo E del basamento marcaría la posición del límite de la plataforma rectangular que habría sostenido el altar. Asimismo, las dimensiones del recinto son perfectamente compatibles con el limitado volumen que habría ocupado el altar sobre una pequeña plataforma levantada apenas tres o cuatro escalones sobre el área circundante. En contra de esta hipótesis juega la escasez de ejemplos similares en santuarios de tradición fenicia. Se debe recordar, sin embargo, el altar del nuevo *temple anonyme* de Volúbilis, preservado al E del capitolio romano, para el que se propone una cronología inicial del s. III a.C. (Penetier 2002, 38-39). Pero los mejores paralelos los encontramos en santuarios griegos difundidos por todo el Mediterráneo. Destaca, en nuestra perspectiva, el altar doble del santuario de la puerta de la *Neapolis* ampuritana. Con una cronología algo más tardía que el ligitano, su plataforma de cimentación presenta las mismas características que el basamento que estamos tratando aunque, como es un altar doble, tiene la forma de un rectángulo ensanchado; es significativo que estuviese rodeado de un recinto cerrado dentro del perímetro del santuario, como en Lixus. Un tercer ejemplo, esta vez documentado en un ámbito próximo de tradición púnica, es el altar descubierto en Carteia (San Roque, Cádiz) bajo los restos del templo del foro romano (Roldán *et al.* 2006). Aunque sus características son muy diferentes a las nuestras, refuerza la importancia de los altares sobre plataforma en una tradición religiosa compartida por púnicos y griegos.

En conclusión, a pesar de las incertidumbres que envuelven la interpretación del edificio "A-D", creemos

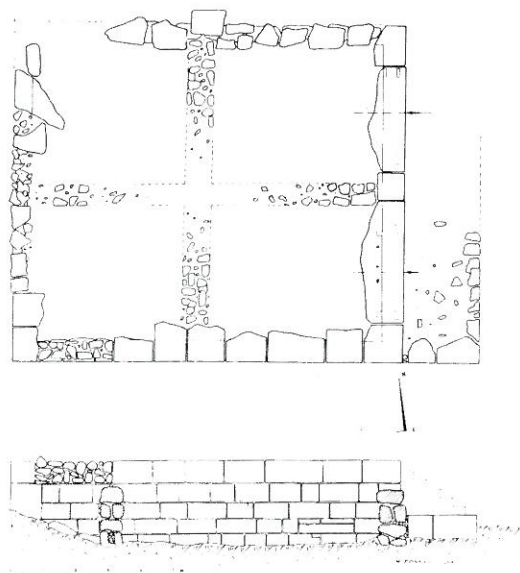


Fig. 8.
Plan et profil de l'édifice C.

Fig. 11. El templo "C" según Ponsich (1981).

que es posible argumentar que se trataba de un monumento sobre plataforma elevada encerrado en un recinto, construido probablemente en el s. VI a.C. y reformado sucesivamente hasta época augustea, cuando fue completamente remodelado, a la vez que la totalidad del viejo santuario.

El denominado templo "C" (fig. 11)

Está situado al N del supuesto altar "A-D". Consta de una sólida plataforma de cuidados bloques almohadillados que dibuja una planta *grosso modo* cuadrada (12,7 x 10,5 m) cuya técnica de construcción refleja la llegada de "influencias helenísticas" al Mediterráneo occidental en época romano-republicana. Como bien observó Ponsich, la aplicación de estas pautas constructivas se aprecia en otros edificios de Lixus.

Los sondeos realizados por Ponsich en su interior no revelaron ningún vestigio precedente ni aportaron materiales cerámicos para su datación. Por la técnica constructiva y por la relación con la fase augustea que se superpone al antiguo edificio "A-D", el excavador consideró que debía tratarse de una construcción inmediatamente anterior al periodo romano. Después (Brouquier-Reddé *et al.* cit.) se ha propuesto su datación hacia el 50



Fig. 12. Puerta doble del templo "C". FALTA

a.C. Si se tratara del comienzo del s. II a.C., el ala occidental del conjunto constata en ese momento una notable actividad edilicia que se traduce en la organización de la batería de almacenes, de su circulación y de las terrazas ajardinadas del área central (v. cap. 4), susceptible de encontrar su equivalencia en el sector religioso. Pero para la mitad del s. I a.C., bajo los reinados de Bogud y de Boco el Joven en Mauritania occidental y oriental respectivamente, hasta su unificación, las evidencias constructivas son en nuestro registro menos importantes.

La planta originaria del edificio "C" conlleva incertidumbres que dificultan su interpretación funcional y arquitectónica. El interior presenta dos muros perpendiculares entre sí que compartimentan el basamento en cuatro espacios de tamaño y forma similares y coinciden con dos grandes puertas abiertas en la última hilada de sillares almohadillados de la fachada E (fig. 12). Podría tratarse de cuatro ámbitos en el alzado del edificio. Sin embargo, Ponsich consideró que estos muros no sobrepasaban el pavimento de la habitación, que se superponía a la plataforma de grandes sillares, y restituyó una sola estancia accesible a través de las dos puertas. Hace

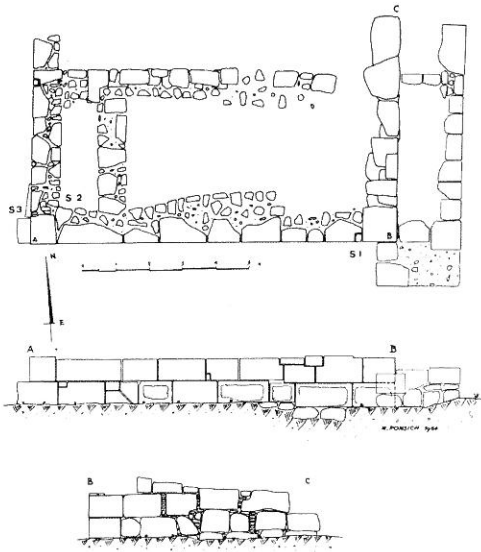


Fig. 7.

Plan et profils du temple B.

Fig. 13. El templo "B" según Ponsich (1981).

pocos años se ha reconsiderado que sólo uno de los muros pertenece a la fase fundacional del edificio, proponiéndose dos *cellae* alargadas yuxtapuestas sobre el podio de sillares lisos (Brouquier-Reddé *et al.* cit., fig. 2).

El muro transversal N-S junto a otro situado al fondo del podio, que Ponsich no documentó, corresponderían a las transformaciones de los ss. II-III d.C. Una vez más, el conjunto de edificios religiosos de Lixus traduce su complejidad, dado que sucesivas intervenciones a lo largo de al menos cinco siglos los fueron cambiando significativamente para adaptarlos al contexto cultural, y sobre todo ideológico, que imperaba en la ciudad.

Podemos plantear, no obstante, algunas objeciones a las interpretaciones propuestas para este edificio. En primer lugar resulta sorprendente que el elevado podio no incluyese un espacio destinado a una escalera para acceder a su interior, por lo que ésta tiene que ser imaginada como un cuerpo exterior adosado a la obra de sillaría. Así lo dibujó Ponsich y así debería haber funcionado en el momento en el que se abrieron las dos grandes puertas en su fachada E. Sin embargo, el gran sillar que Ponsich utilizó para justificar dicha escalera, presenta las características de uno de los grandes bloques que formaban el podio de sillares almohadillados, lo cual denota que la originaria obra de sillaría fue en parte desmontada para la creación de la escalera de acceso a las dos puertas ahora visibles. Por lo tanto, éstas, al haber sido labradas en dos de los bloques que formaban el podio, podrían ser atribuidas a una segunda fase asociada ya a los muros de compartimentación interior. Probablemente, cuando Ponsich propuso la restitución del edificio como una gran cámara unitaria, reflejó las dudas que le ofrecía la integración de los muros

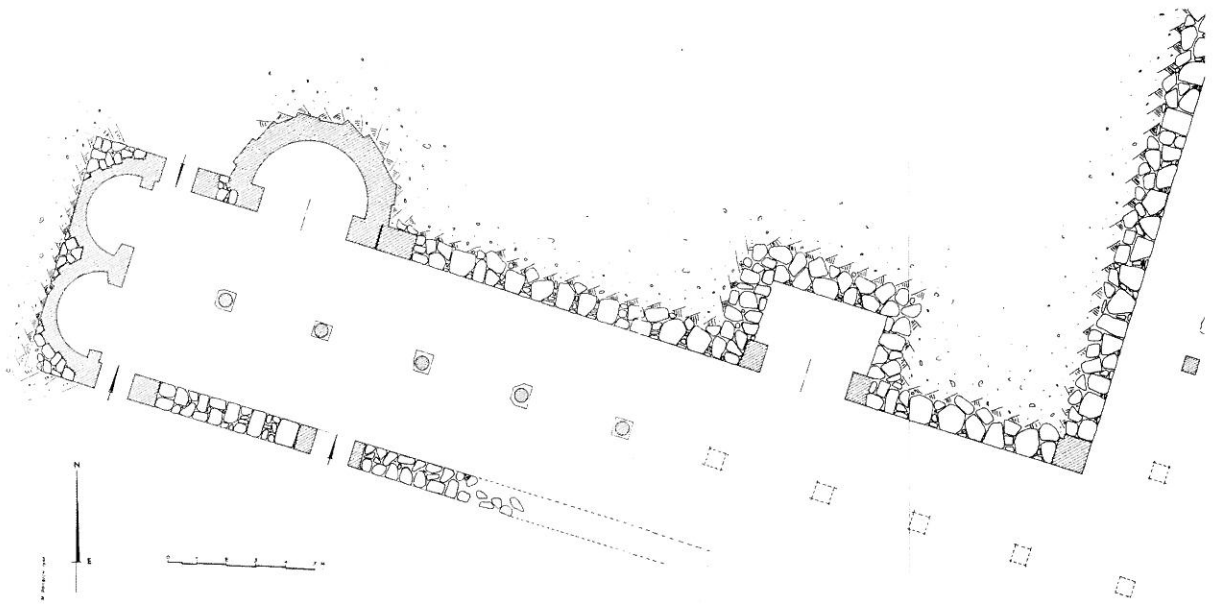


Fig. 14. El edificio "E" según Ponsich (1981).



Fig. 15. Tambores de columna reemplazados en la muralla tardorromana.

interiores en la fase fundacional del edificio (sillares almohadillados).

Sin disponer de más datos resulta arriesgado avanzar más en la interpretación del edificio "C". Por ahora podemos concluir que el cuidado podio prueba que es un templo, cuya cronología puede remontarse al s. II a.C. y que, por tanto, ya se hallaba integrado en el santuario de época helenística.

El denominado templo "B" (fig. 13)

El templo más meridional del ala oriental corresponde al basamento que Ponsich denominó "B" e interpretó como la cimentación de un templo de época romana formado por una *cella* alargada, levantada sobre podio y con una fachada próstila. Esta propuesta de cronología tardía se apoya en una evidencia estratigráfica. La pared posterior del edificio presenta una prolongación hacia el N que se superpone con gran claridad a los muros situados entre este templo y el edificio "A-D". El equipo marroco-francés, sin embargo, sitúa esta construcción en época mauritana, hacia el 50 a.C., como los edificios "C" y "E".

El denominado templo "E" (fig. 14)

Hacia el NE contamos con un gran criptopórtico en L ("E") (40 m de long. por 6 m de anch. máx.) con columnas en su eje central y pequeñas exedras en sus paredes revestidas de sillares muy cuidados en su elaboración, susceptibles de haber albergado esculturas. Ponsich se limitó a describirlo sin considerar sus implicaciones arquitectónicas que, en el contexto del urbanismo antiguo, solamente puede ser interpretadas como propias de la subestructura de una plaza que se extendía a un nivel superior. Coincide esta configuración con la topografía del sector,



Fig. 16. Acceso desde el puerto a la parte alta de Lixus, sobre una visera rocosa.

ya que el criptopórtico abraza una elevación natural. Podemos afirmar, por tanto, que sostenía una plataforma superior cuyos límites septentrionales se desconocen, aunque pueden restituirse a partir de algunos indicios. Las fotografías aéreas (El Khatib-Boujibar, 1966: 540; Bekkari, 1967: 659; Ponsich 1972, 173; fotografía de G. Gallot en el Museo de Tetuán) permiten reconocer algunos restos que podrían situarse en el centro de la posible plaza sobreelevada, que actualmente afloran en la superficie de los campos. Insinúan una retícula ortogonal de gruesos muros (aprox. 1 m de espesor) perpendiculares entre sí, que avanzan hacia el N quedando cubiertos hoy por la pendiente. La orientación de estos muros no coincide con la del criptopórtico, pero sí lo hace con un muro situado a espaldas del conjunto termal y con la muralla tardía (Akerraz 1992, 379-385) que atraviesa por el N el "barrio de los templos", que, en este punto, pudo aprovechar la orientación de un edificio preexistente tal vez amortizado. Resulta verosímil suponer que la muralla tardía fuese construida reutilizando en algunos tramos la fachada de ciertos edificios en desuso de la ciudad, ya que emplea sillares y tambores de columna como materiales de construcción (fig. 15). Se trata de testimonios arqueológicos frágiles, pero suficientes para intuir una plaza de forma trapezoidal definida hacia N por el trazado, cronológicamente posterior, de la muralla tardía y hacia S por el criptopórtico "E". Si esta interpretación es correcta, se trataría de un gran proyecto constructivo con el templo más grande de cuantos fueron señalados, exento y en su centro.

El recurso al juego de alturas que implica el criptopórtico, cuenta con pocos ejemplos en el Occidente púnico. En Almuñécar, bajo la llamada Cueva de los Siete Palacios (Molina *et al.* 1983, 251-269, láms. IV y V, figs. 7 a 14), se excavaron niveles con cerámicas campanienses que datan lo que podría ser un criptopórtico

que salva el desnivel entre la parte oficial de la ciudad y su zona baja. Aunque las evidencias no son claras, quizá podrían indicar la adopción de soluciones arquitectónicas bien atestiguadas en santuarios locales por parte de algunas ciudades púnicas, entre las que se cuenta con seguridad Lixus. Aquí, tanto los sondeos arqueológicos recientes (Brouquier-Reddé *et al.* cit.) como las construcciones que se superponen al extremo O del criptopórtico "E" (Ponsich cit., 51-55), datan el conjunto hacia el 50 a.C., a falta de una excavación en profundidad de este conjunto para verificar sus eventuales fases constructivas.

La delimitación del santuario: los almacenes occidentales

El gran altar "A-D" y su recinto (s. VI a.C. ?) fueron progresivamente flanqueados por nuevos edificios religiosos hasta configurar la batería continua que mira hacia oriente. Aunque los cuatro edificios religiosos que la componen son de diferentes cronologías, en el s. II a.C. podríamos considerar consolidada esta fachada, que adopta su aspecto mauritano definitivo hacia el 50 a.C., atendiendo a la evolución constructiva que hemos observado en el *ala oeste* y a los sondeos recientes en los propios templos. Detrás de éstos se extienden las tres terrazas hasta la secuencia de almacenes, que sirve además de muro de contención, y que suponemos que se prolonga unos 80 m de N a S. Se trata pues de un gran conjunto (aprox. 80 m N-S x 28 m E-O), del que tan solo conocemos las Cámaras Montalbán en el S y las estructuras "K" y "L" señaladas por Ponsich bajo el edificio "G".

Los niveles más profundos de cuantas excavaciones se han hecho en este flanco indican su ocupación desde época fenicia, aunque la información disponible se limita a un muro de contención que describe un ángulo recto (v. cap. 2) y a algunos elementos menores inconexos, de modo que son los materiales muebles recuperados, sus tipologías, categoría e indicios de manipulación, los que aportan características diferentes a las hasta ahora conocidas en el horizonte fenicio del la ladera sur y plantean una nueva contextualización, compatible con el almacenaje de bienes y las prácticas rituales. Los edificios los conocemos puntualmente pero, sin embargo, no dudamos en calificarlos como infraestructuras que exigen inversiones públicas, considerando prototipos como los de Hazor (20,7 m x 13,5 m), Beth-Shemesh, Tell Abu Hawan... (Yadi 1972, 167-169).

Los tinglados de almacenaje de las fases púnica y mauritana (v. caps. 3 y 4) se ordenan en naves paralelas con puertas en la fachada O (v. 4.2 fig. 1), dejando un pasillo de circulación detrás de la muralla susceptible de

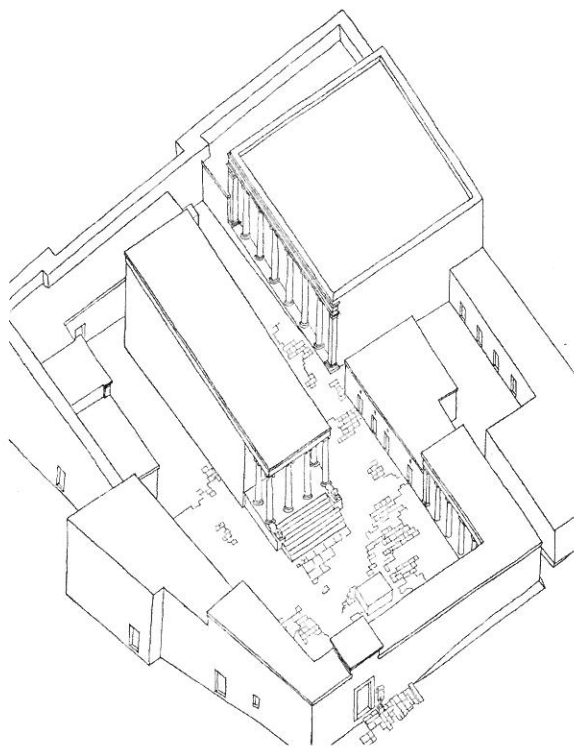


Fig. 17. Alzado del santuario de Oumm-el-Ahmed (según M. Dunand y R. Duru, 1962)

enlazar con la amplia rampa que sube a la ciudad desde el puerto (fig. 16), flanqueada por tumbas, en parte anteriores al cambio de Era (Tarradell 1950, 250-256; Aranegui 2007, 369-382). Con seguridad, a partir del s. IV se visualiza una distribución que no corresponde a un edificio doméstico (Aranegui *et al.* 2004: 366-378) sino, probablemente, a un *storeroom complex* que delimita las tres terrazas y tiene su modelo en edificios propios de santuarios o residencias regias orientales de época helenística, siguiendo una tradición que se remonta a la etapa orientalizante (Aubet 1995, 47-65). Entre otros ejemplos, podemos citar el yacimiento de Oumm-el-'Ahmed (Siria) (Dunand, Duru 1962, 232-236), datado en el s. IV a.C. y con su máxima actividad en los ss. III-II a.C. Se trata de un santuario tirio en el interior de un recinto, donde había un templo dedicado a Melqart y Astarté además de otros templos y capillas así como un depósito o almacén, todos ellos con cubiertas planas y distribuidos sin seguir un eje de simetría, en la más genuina tradición fenicia (fig. 17). Referencias complementarias para nuestro conjunto de almacenes se encuentran en las ciudades selúcidas, como Doura-Europos (Downey 1988, 85-90), y en asentamientos



Fig. 18. Cisterna de época mauritana.

hasmoneos anteriores a Herodes el Grande, como Jericó y Masada (Netzer 1991, 171-183; 2001, 131), siempre de proporciones superiores a las de Lixus. Los productos que se conservaban en estos almacenes urbanos no solían estar destinados al comercio de larga distancia sino a garantizar los suministros de la ciudad y de sus centros vasallos, que contribuían a su vez a la concentración de bienes en los depósitos del santuario urbano. Son dependencias que pueden incluir espacios de transformación de alimentos o materias primas.

En la Península Ibérica son los hogares rituales en forma de lingote, los bancos corridos y los pavimentos, ya sean de conchas, de cantos rodados o teñidos de rojo, los rasgos que se destacan al identificar la parte sacra de un santuario orientalizante (Arruda, Celestino 2009, 29-77, con bibl. anterior), aunque existen edificios de almacenaje con naves longitudinales, en Toscanos o en el Cerro del Villar, sin espacios rituales. Éstos sí se han reconocido en el Carambolo o Montemolín, para la época fenicia, y en La Mata o en Campello, para la época púnica. En la mayoría de estos casos lo que está pendiente de argumentar es la relación que existe entre estas construcciones, los tráficlos comerciales y la ciudad y, en su caso, su urbanismo. Por otra parte, en el estado actual de la investigación sobre la Península, hay un déficit en lo que respecta a documentar estructuras prerromanas como grandes terrazas, criptopórticos, templetos o altares, como los descubiertos en Lixus.

Los jardines y la organización general del santuario

La definición arquitectónica de los márgenes oriental y occidental del conjunto monumental deja en el centro un espacio de unos 4000 m² en el que no se ha visto una sucesión estratigráfica comparable a la de aquéllos. La

roca aflora en diversos puntos, como en el patio "M", lo que lleva a pensar que este sector no soportó demasiadas superposiciones constructivas sino que, como indican los edificios en él visibles ("F", "M", "I", termas y "casa de la alberca"), fue ocupado principalmente a partir de la época de Augusto y en la Edad Media. Por ello mantenemos la hipótesis de que con anterioridad fuera un área abierta, a modo de jardín, similar en dimensiones al *jardín hasmoneo* de Jericó (61,5 m x 72 m) (Netzer 2001, 136-139). Su configuración sería escalonada, como indican los dos muros E-O (muro 1 y muro 2) que sirvieron para la contención de tierras y delimitación de las terrazas (fig. 3). El primero se sitúa al S del edificio "H" y el segundo es el muro X de las Cámaras Montalbán, que se prolonga hacia el E. La cronología y técnica constructiva de ambos indica que, al menos en el s. II a.C., toda la zona estaba ya definitivamente organizada en tres terrazas. La septentrional corresponde al espacio situado inmediatamente al S de la muralla tardía. Su límite N (muro 1) aparece con la configuración que adoptó tras una refacción augustea o posterior, si bien se reconocen en él los grandes bloques almohadillados que denotan la factura helenística de los lienzos *megalíticos* presentes en diferentes infraestructuras prerromanas de Lixus. Ponsich, conociendo todo ello, interpretó el muro 1 como parte de un gran recinto cuyos lados restantes hizo coincidir con el segundo muro de contención de las terrazas (muro 2). En nuestra lectura, el muro 1 pasa a estar integrado en el sistema de terrazas indicado. Así, su prolongación hacia el O enlazaría con el extremo N de los almacenes, mientras que hacia el E debería enlazar con la fachada posterior de la plaza que rodeaba el criptopórtico "E". Por tanto, a pesar de la fragilidad de los datos, es posible atribuir este muro al nivel septentrional del jardín del santuario de la que sería, tal vez, su límite N antes de época augustea y antes de que el suelo rocoso situado al N de este muro fuera excavado para construir la exedra "H".

La cota de esta primera terraza puede deducirse del pavimento de un aula con dos ábsides, más tarde integrada en las termas, único edificio que podemos proponer con seguridad para el periodo pre-augusteo. La posterior construcción de las termas, con una primera fase augustea y una segunda fase posterior, ocupó la parte oriental de esta terraza, por lo que es difícil determinar su organización interior en los períodos precedentes. No conocemos el límite S de esta primera terraza, pero sabemos que, a partir de un cierto punto, la cota del pavimento debía descender 1,5 m ya que bajo el gran peristilo "F" se ha documentado la célebre cisterna núm. 14 (fig. 18).



Fig. 19. Foto aérea de G. Gallot con el espacio prominente ceñido por el edificio "E". FALTA

El segundo muro de contención cuenta con indicios cronológicos más seguros. Destaca, en primer lugar, la citada cisterna de dos naves, una de ellas dividida (9,5 m de lado x 3 m de profundidad), construida con sillares colocados en seco, revestidos interiormente de un material hidráulico que contiene cal, cuya cubierta era plana. Está asociada con dos apoyos de columna alineados (Ponsich cit., 65-86; El Khatib-Boujibar 1992, 305-323, núm. 14). Los materiales que colmataron la mencionada cisterna, sin embargo, no fueron publicados sistemáticamente en el momento de su primera excavación. No obstante contamos con una referencia puntual a un fragmento de sigillata hispánica de la forma Drag. 29 aparecido en el interior de la cisterna (Rebuffat 1985, 123-128; Brouquier-Reddé *et al.* 2006, cit.) que ha sido utilizado para argumentar una datación de la misma posterior a la anexión de Mauritania por Roma (43 d.C.) (Fishwick 1971, 467-487). Desconocemos el contexto material que acompañaba dicho fragmento y las condiciones estratigráficas de su aparición. Pero es obvio que la cisterna está inutilizada, cortada y cubierta por muros y pavimentos de cronología augustea lo que contradice, sin lugar a dudas,

la alusión a un fragmento cerámico como decisivo criterio cronológico. La cisterna proporcionaría agua para las instalaciones del jardín y es posible que sirviera de base a una pérgola exenta. Efectivamente, sus muros no contactan con ningún elemento arquitectónico. Tan sólo una alineación de pilares colocados al S de la cisterna, por debajo del *signinum* del salón "F", deja suponer que el pabellón se combinaba con un porticado orientado E-O.

Algunos metros más al S de este porticado restituimos la tercera terraza que relacionamos con el pavimento de losas regulares con una basa sencilla sin plinto, orientado de NE a SO, de los sondeos B y C de Tarradell, anterior a los muros V y VI de las Cámaras (v. cap. 1), que se data hacia el s. II a.C. por estar asociado a cerámicas campanienses y ánforas pre-romanas.

La recreación de la naturaleza vegetal y animal en jardines cerrados de contexto áulico, denominados *paradeisos* (Jen. *Oec.* 13-14), se inspira en modelos persas que fueron adoptados en Oriente (Fl. Josefo *Ant.* XII, 228-234) y se difundieron por el Mediterráneo como signo de ostentación y riqueza (Etienne 2006, 105-115). Es frecuente que dispusieran de estanques para nadar o

pasear en barca y, en cualquier caso, las cisternas y canalizaciones son siempre características de estas instalaciones. Su adopción por los nabateos de Petra (Jordania) (Bedal 1999, 227-240), ciudad caravanera y comercial, es uno de los más recientes testimonios arqueológicos de su éxito, que no cuenta con otros paralelos distintos al caso de Lixus en el extremo Occidente prerromano.

La reconstrucción del santuario mauritano en el urbanismo de Lixus: el propileo de acceso a los jardines y la imagen urbana del centro cívico

Todas estas estructuras de cronología anterior a Juba II nos llevan plantear la hipótesis de que, en tiempos del Reino independiente de Mauritania Occidental y en el de la reunificación de Mauritania (38-33 a.C.), Lixus estuvo abierta a la cultura helenística y renovó en consecuencia un gran santuario urbano que suponemos fenicio en su origen (Plin. *Nat.* XIX, 63). El complejo mauritano incluye edificios distribuidos a distintas alturas, un hermoso criptopórtico en L, reservas de agua relativamente importantes, pavimentos elaborados, estucos murales y algunas construcciones de almacenaje de acabados más modestos, indicios suficientemente claros, en su conjunto, de un proyecto ostentoso de matriz oriental, con una escenografía, en suma, que asocia un área sacra y una extensa zona ajardinada, cerrada por un ala con depósitos de bienes en su planta baja. Estamos aludiendo por primera vez al santuario de Melqart de Lixus a partir de una interpretación arqueológica.

Para fijar la cronología de este santuario contamos, en primer lugar, con la estratigrafía de las Cámaras donde la secuencia enlaza las fases fenicia y, con más claridad, la púnica, la mauritana y la augustea, si bien todavía no estamos en condiciones de reconstruir las líneas generales de la planta del santuario previa al 130-50 a.C.

La integración del santuario en el urbanismo lixitano sólo es de momento factible multiplicando hipótesis que deberán verificarse en el futuro. La plaza que se extendía delante de los templos se puede identificar en las fotos aéreas. La mezquita indica una reutilización religiosa medieval del área sacra (Akerraz cit.) pero la documentación arqueológica disponible y la observación de los restos *in situ*, descartan, por ahora, que existiese un edificio antiguo anterior a la misma. Por su parte, el criptopórtico en L es una obra estructural que encuadra a la vez el sector elevado y limita el área de esta plaza por el N. Aunque la vegetación de lentiscos -que no nos correspondía eliminar- cubre gran parte de este sector, hacia el

S (fig. 19) se localizan dos muros paralelos que pueden ser propuestos como la cimentación de un pórtico en ángulo que delimitaría la plaza, susceptible de relacionarse con una cisterna decorada con un pequeño ábside, tal vez un ninfeo de época romana, que debía abrir hacia el interior de la plaza. La hipotética restitución de esta plaza hace comprensible, con la debida cautela, el entorno urbano de los templos alineados en su fachada O, probable espacio cívico ancestral de la ciudad, donde, sin embargo, no se han hecho todavía excavaciones estratigráficas. La observación directa de los muros hoy reconocibles, denota un abundante uso de argamasa en su construcción, propio aquí de una datación posterior al cambio de Era. Sin embargo, la fachada de los templos, cualquiera que sea la etapa en que se constituye, exige un área delimitada ante los mismos, tal vez fosilizada a lo largo de la historia de la ciudad.

Hemos identificado otro elemento fundamental para explicar la configuración general de este santuario: el acceso monumental a la zona de jardines situado entre los edificios religiosos "A-D" y "B", abriendo por tanto directamente al espacio de la supuesta plaza. Esta conexión (fig. 3) está indicada por una construcción alargada (10 m de longitud) con dos banquetas interiores (40 cm. de anchura x 60 cm. de altura) revestidas de excelente *signinum* de color rosado (fig. 20). A pesar del estado de destrucción en que se encuentra, se reconocen fácilmente los muros laterales que dibujan un paso de 5,8 m de anchura por 15,2 m de longitud. En su extremo oriental, el muro N del pasillo gira 90° dirigiéndose hacia el altar "A-D", a cuyo basamento se adosa. A mitad del recorrido de la pared S arranca un muro perpendicular, cortado por el templo "B". El pasillo con las banquetas es, por tanto, posterior al altar "A-D" y anterior al templo "B". El fondo del pasillo hacia los jardines quedó bloqueado por la pared del gran peristilo augusteo que rodea del edificio "F". Y parece que el inicio y el final del pasadizo fueron entonces cerrados con una doble puerta, que se halla casi completamente arrasada. De este modo se vio afectado el acceso monumental desde la plaza que precede la hilera de los templos a la zona de jardines. La fecha inicial de este acceso es anterior no sólo al proyecto augusteo sino también al templo "B". Si aceptamos la cronología mauritana de éste (Brouquier-Reddé *et al.* cit.), la construcción del propileo de acceso a los jardines se sitúa, al menos, en esta misma época, como una muestra más de la gran remodelación del área central de Lixus.

Este santuario se levantó utilizando básicamente una caliza arenosa masiva terciaria de la propia colina. Una



Fig. 20. Acceso flanqueado por banquetas desde el área de los templos a los jardines del santuario de época mauritana.

arenisca fósil cuaternaria, procedente de los acantilados de Larache, se utilizó para algunos elementos de ornamentación arquitectónica, que se recubren de estuco. Los pavimentos de las estancias más nobles son de *signinum* de alabastro picado (*batutto di marmo*) y es posible que correspondan a estas fases algunos restos de *sectile* de piedras duras dispuestas en falsa perspectiva (Aranegui 2008 bis). No se ha documentado el uso de teja ni ladrillo en la fase mauritana de Juba II.

La información arqueológica generada en los últimos años confirma un decisivo crecimiento de la ciudad a partir del comienzo del s. II a.C. Es entonces cuando se urbaniza en terrazas toda la ladera sur y cuando las conservas de pescado del Estrecho se multiplican en el comercio internacional. Es el período de los monarcas que reinaron en Mauritania occidental tras la segunda guerra púnica, que hizo de Cádiz una ciudad romana (206 a.C.). Ánforas greco-italicas, campaniense A antigua (L. 23, L. 36) y algunos cálatos ibéricos, datan arqueológicamente los inicios de esta etapa.

Lixus y la costa atlántica africana en época mauritana

Una de las imágenes más sugerentes que nos ha legado el pensamiento mítico-religioso de la Antigüedad es la figura de Hércules atravesando el estrecho de Gibraltar para acceder al Océano y alcanzar el preciado Jardín de las Hespérides, hazañas rememoradas una y otra vez en la tradición cultural del Mediterráneo occidental, como una construcción mítica que tiene un antecedente en la figura del héroe civilizador Briareo, eubeo, que dio el primer nombre al accidente geográfico (Gras 1992, 27-44; Bats, D'Agostino eds. 1998). Las Columnas de Hércules configuran el mito que precede la formación de una

auténtica narración histórica. Para el universo fenicio, ésta se inicia con las fundaciones de Gadir en el extremo meridional de Iberia y de Tingis y Lixus en la costa mauritana. Su nacimiento constituyó el punto de partida del proceso histórico que significó el dominio de la ruta del Océano a la vez que otorgó un papel fundamental a los establecimientos fenicios en el proceso de transformación política y cultural de las poblaciones indígenas próximas al Estrecho.

Éste fue el panorama de los *Trabajos de Hércules* en Occidente (Jourdain-Annequin, Bonnet 2001, 195-223), encaminados a conseguir los rebaños de bueyes de Gerión o las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, frecuentemente representados en el arte del s. VI a.C. en adelante (Carpenter 2001).

A pesar de todo ello, Roma conocía poco la vertiente africana del Atlántico hasta la caída de Cartago. En 146 a.C. organizó una gran expedición hacia aquella costa, capitaneada por Polibio (Plin. *Nat.* V, 9-10) que siguió la ruta de Hannón (Medas 2006), pero que no tuvo consecuencias políticas ni geográficas destacadas. La circunnavegación de África había preocupado a egipcios, griegos y cartagineses pero no parece haber interesado a Roma en la medida en que interesó a la erudición helenística (Desanges 1978). Eudoxo de Cícico, que conocía bien el Índico, animó a Boco I de Mauritania (118-81 a.C.) a que impulsara la navegación atlántica (Str. II, 3,4), aunque sólo Juba II (50 a.C.-23 d.C.), finalmente, navegó hasta las Islas Afortunadas (Plin. *Nat.* VI, 201-205), en buena lógica con su cultura y ambiciones (Desanges 1984-1985, 53-61; Roller 2003; Coltelloni-Trannoy 2005, 117-144; Aranegui 2008, 411-418).

El 25 a.C. Augusto estaba en Tárraco cuando otorgó el trono de Mauritania a su gran amigo Juba II, ciudadano romano que se desposó con Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio y Cleopatra y, como Juba II, superviviente de los conflictos que antecedieron el Principado. Este rey emprendió una exploración de carácter estatal contando necesariamente con el apoyo de las marinerías de Gades y Lixus, una de las capitales de su extenso reino. Las Canarias fueron alcanzadas por la expedición real aunque todavía no llegaron a ser puestas en explotación sistemática (Tejera *et al.* 2006). La última avanzadilla fenicia hacia el S y punto de apoyo de la ruta del archipiélago era el dificultoso puerto de Essaouira/Mogador, base poco segura para afrontar la compleja navegación hasta las islas (Marzoli *et al.* cit.). Estas últimas carecían de recursos tan codiciados como el oro del África subsahariana que subyace en el mito de las Hespérides.

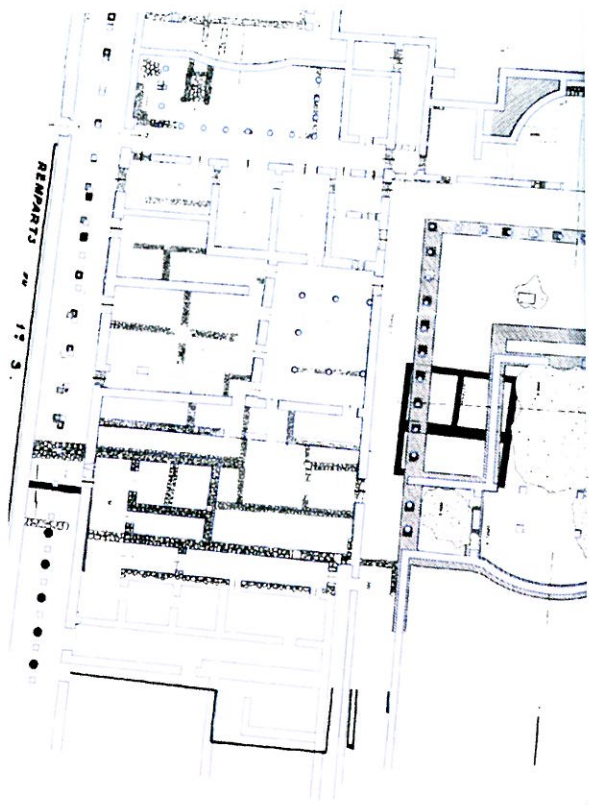


Fig. 21. El *ala oeste* del complejo áulico, entre el criptopórtico y el peristilo (Ponsich 1981).

De esta manera, el NO de África, que desde el s. IX a.C. había dialogado con Oriente, recuperó el protagonismo marítimo con la monarquía que reinó sobre Mauritania occidental. Los nuevos trabajos arqueológicos en el N de Marruecos muestran el efecto de todo ello en los principales asentamientos de la región (Arharbi, Lenoir 2002, 1-45; Ichkhakh 2006, 2201-2218; Kbir Alaoui 2007). A partir de finales del s. III a.C. las ciudades fueron renovadas (Kuass, Lixus, Tamuda, Thamusida, Banasa, Rirha,...), a la vez que se creaban nuevos centros plenamente urbanos (Zilil, Sala, Volúbilis...). Es factible, de este modo, asociar esta precoz transformación mauritana de Lixus con otras intervenciones de carácter público en distintos lugares de Marruecos. Encontramos edificios de esta época en Zilil, en lo que se refiere a la Citadelle (Kbiri Alaoui 2004), en Rirha (Akerraz, El Khayari 2005, 8-9), en Banasa (Arharbi, Lenoir cit.), en Volúbilis, con sus templos anónimos y el santuario B (Ichkhakh 2006, 2201-2218), en el área exterior de Sala (Boube 1967, 263-367) y, especialmente, en Tamuda (El Khayari 1996), establecimen-

to con la máxima concentración de vajilla itálica de bronce republicana de todo Marruecos (Boube-Piccot 1991, 129-137). Son yacimientos que esperan aún la publicación detallada de sus últimas investigaciones (Bernal et al. 2008, 537-608), pero cuya arquitectura monumental (murallas complejas, templos) se inicia en la fase mauritana. Y, sin duda, toda esta actividad constructiva es coetánea de la aparición de las monedas acuñadas en Mauritania (Mazard 1955; Callegarin, El Harif 2000, 23-42, cap. 5).

UN PALACIO SOBRE LOS JARDINES DEL SANTUARIO

El *ala oeste*

La excavación junto a las Cámaras Montalbán ha revelado una nueva fase constructiva que se superpone a los almacenes y jardines mauritanos, datada entre los años 20 y 10 a.C. por las cerámicas contenidas en la estratigrafía: *sigillata* oriental, *sigillata* aretina inicial y ánforas Dr 20A, principalmente. Su estructura más significativa es un potente muro E-O dotado de contrafuertes, sirvió de límite meridional al nuevo complejo monumental, separándolo del resto de la ladera que desciende hacia la antigua laguna. Se trata del *ala oeste*.

En esta etapa el conjunto de habitaciones interconectadas constructiva y funcionalmente del *ala oeste* se extiende desde el edificio "G", al N, hasta el muro de contrafuertes, al S, y la circulación dentro del nuevo complejo se articula a través de un gran criptopórtico de doble nave, orientado N-S, levantado sobre la propia línea occidental de la muralla, y mediante un porticado que recorre en paralelo su fachada oriental (fig. 21). A medida que el criptopórtico remonta la pendiente gana en altura, alcanzando en su extremo N una cota unos 8 m más elevada que en su extremo S, desnivel que permite asegurar que en el sector de las Cámaras Montalbán contaba con dos pisos. La planta superior coincide con la cota de la terraza intermedia de los jardines sacros mientras que el piso inferior debía constituir un espacio semienterrado en la colina. En el nivel superior el criptopórtico se configuraba como una galería con columnata central, de la que se conservan restos (fig. 22), abierta mediante grandes huecos hacia el paisaje del estuario del Lucus y con puertas para acceder a las habitaciones y dependencias de la planta noble. Éstas han conservado sus pavimentos uniformemente, a la misma cota que la terraza intermedia preexistente. Sin embargo, dado el gradiente de la ladera, al llegar a las Cámaras se produce un descenso de cota de pavi-



Fig. 22. Criptopórtico occidental con los apoyos de su columnata central.

mento de unos 4 m, problema que se resolvió arquitectónicamente añadiendo un piso e integrando los almacenes inferiores mauritanos como subestructura y sótanos del *ala oeste*. Esto supone un cambio de disposición constructiva de todo el conjunto que implica la desaparición de la perspectiva escalonada del antiguo santuario.

La planta principal del *ala oeste* puede ser restituída sin dificultades eliminando los muros de compartimentación interior que fueron añadidos con el paso del tiempo. Es probable que estas habitaciones incluyesen una escalera para bajar al semisótano. Las excavaciones de Tarradell dieron a conocer un derrumbe con el lujoso mosaico de *opus sectile* (v. cap. 1.2 fig. 7) -que parece repetirse asimismo bajo las termas ("J")- que había decorado una habitación que se extendía sobre tres de las cámaras inferiores y debía ser accesible directamente desde la galería superior del criptopórtico. En 2006 localizamos en el derrumbe de los mismos espacios inferiores un fragmento de cornisa en forma de gola egipcia, con el caveto limitado por pequeñas molduras rectas y un radio próximo a los 0,20 m.

En el momento de su construcción, las habitaciones del nivel principal estaban intercomunicadas y se organizaban en torno a un *oecus* de grandes dimensiones (14 m

x 12 m) situado a continuación de la habitación del *opus sectile* y abierto hacia la galería panorámica. Tiene forma de T y actualmente está compartimentado en seis habitaciones. La base de los muros que forman estas pequeñas habitaciones se apoya en general sobre un pavimento unitario, aunque en algunas ocasiones lo corta penetrando a mayor profundidad. En cualquier caso, se reconocen con facilidad las dimensiones originarias del gran *oecus*. La transformación post-augustea del mismo incluyó un nuevo muro de separación con el criptopórtico, por lo que no se aprecia la comunicación inicial entre ambos espacios, quizá un "diafragma" de tres o cinco huecos formados por pilastras o por columnas. En el extremo opuesto al criptopórtico y en su eje de simetría, el salón comunica con una sofisticada cámara decorada interiormente con una especie de baldaquín apoyado en siete pequeñas columnas cilíndricas (Ponsich cit., pl. XXI). Probablemente son los soportes de un lucernario para la iluminación cenital del ambiente. Su pavimento es el mismo *opus signinum* que decora el gran *oecus*. Salón y lucernario ocupan los 28 m de anchura del *ala oeste*.

Prosiguiendo hacia el N, a continuación del gran salón, se sitúa una batería de cuatro cubículos que abren hacia un peristilo en U, decorado con capiteles jónicos



Fig. 23. Peristilo "F".

(Ponsich cit., pl. XXII), que comunicaba mediante una puerta con la galería superior del criptopórtico. Además alojaba una escalera de seis peldaños que daba acceso al salón "G", la cual ha desaparecido, aunque se ha conservado su impronta en la pared que concluye ante el hueco de una puerta, actualmente tapiada. Los cubículos citados presentan grandes vanos hacia el peristilo y están intercomunicados entre sí. El mayor tiene unas dimensiones de 4 m x 7 m, mientras que el más oriental está dividido en dos ambientes.

El examen de todos estos elementos confirma la posibilidad de circulación hacia las dependencias que los limitan por el N y por el E, conectando constructiva y funcionalmente con el conjunto "G" y con el conjunto "F". Efectivamente, las habitaciones de la planta noble del *ala oeste* cuentan con cinco puertas de acceso al peristilo que rodea el edificio "F" (fig. 23). La primera se abre en el extremo S del peristilo, tras la habitación del *opus sectile*. La segunda comunica con la habitación del lucer-

nario. Las puertas tercera y cuarta comunican uno de los cubículos citados con el conjunto "F". Finalmente, la quinta puerta comunica el peristilo en U con el gran peristilo "F", a través de un pequeño pasillo. De ello sacamos la conclusión de que el *ala oeste* es tan sólo una parte de un conjunto mucho más extenso, puesto que incorpora, por lo menos, los mal denominados templos "G" y "F".

Un gran proyecto áulico (fig. 24)

Supongamos que a la vez que se construye U.E.1001-1065 y el criptopórtico occidental se levanta el muro que recorre la parte trasera de los primitivos templos, que mantendrán su función religiosa pero que se separan en un momento dado de los demás sectores del antiguo santuario. Y que, consiguientemente, se impone una nueva disposición arquitectónica que implica cambios en la utilización del área, el más evidente de

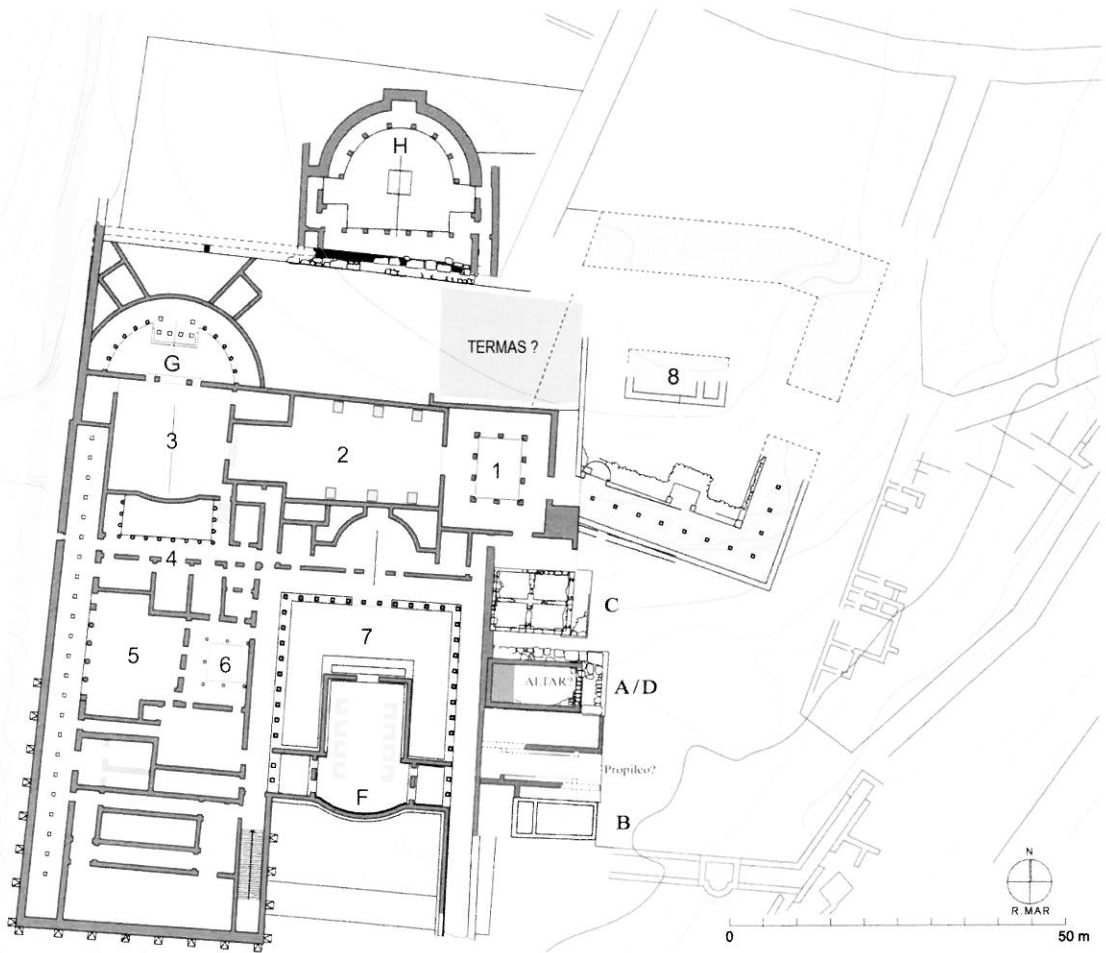


Fig. 24. Planta del Palacio (dib. R. Mar).

los cuales es la unificación de los niveles de circulación, con repercusión en la continuidad constructiva de sus muros y en la organización de su planta, resuelta mediante un conjunto articulado de hemiciclos porticados, peristilos rectangulares, grandes salones y pequeños cubículos, en base a tres ejes compositivos (fig. 5):

-En primer lugar, un eje de simetría orientado N-S que sirvió para alinear la gran exedra semicircular y columnada "H" con el conjunto central "F". La exedra "H", en el extremo N, actualmente queda separada del resto por el recorrido de la muralla tardía (s. V d.C.). El conjunto "F", formado por un salón exento con cabecera absidada, rodeado por un peristilo, comprende, de nuevo, una exedra que, como el salón, está centrada siguiendo el eje de simetría de "H".

-En segundo lugar, el conjunto "G", que se cierra con otra exedra semicircular, rige el *ala oeste*, cuya descrip-

ción nos ha facilitado identificar las fases constructivas al relacionar los espacios construidos coetáneamente.

-En tercer lugar, las dependencias que se sitúan entre las exedras "H" y "F", organizadas siguiendo un eje de circulación orientado de E a O que se inicia con un atrio corintio provisto de seis pilastras ("I"-1); prosigue con un patio decorado con dos alineaciones de basamentos adosados a la pared ("M"-2) y concluye con el acceso al conjunto "G-3" a través de una de sus paredes largas.

Adosadas a la pared N del atrio se construyeron unas termas. Su configuración actual corresponde a una fase posterior al proyecto de los años 20-10 a.C. pero, sin embargo, se intuye la existencia de una termas anteriores en este mismo lugar a las que pertenece el espacio bi-absidado.

Y de este modo, extrapolando los resultados de nuestras excavaciones y las observaciones de la arquitectura

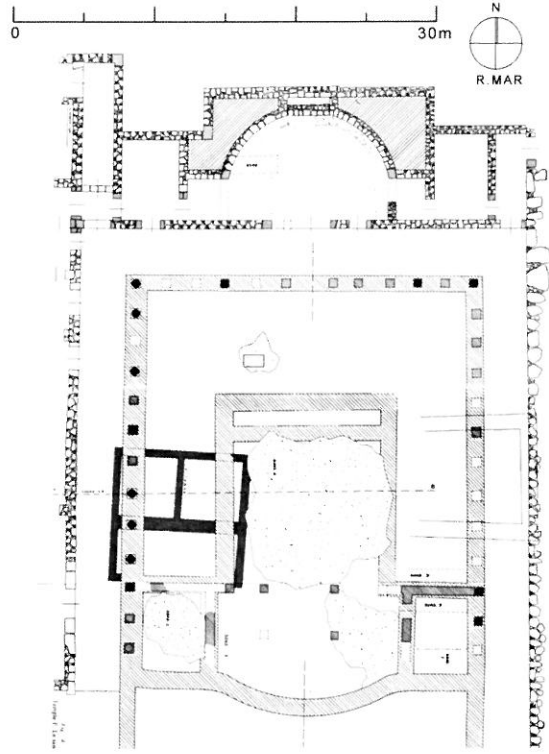
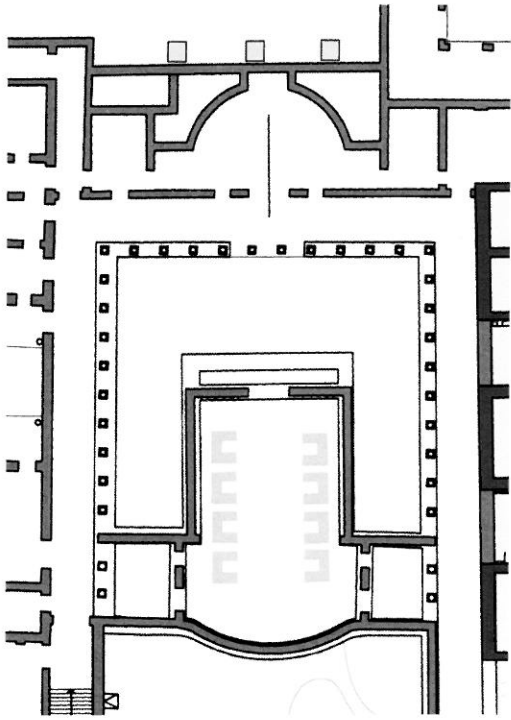


Fig. 25. Edificio "F" representado como *oecus triclinaris* (dib. R. Mar).

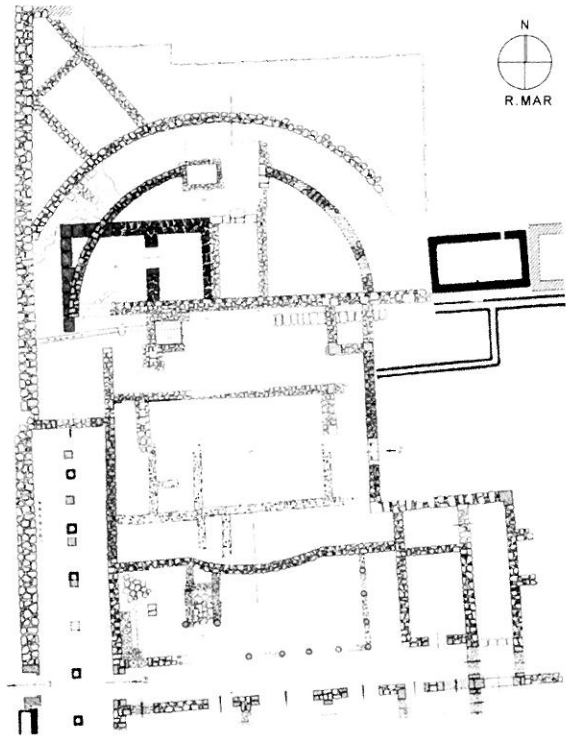
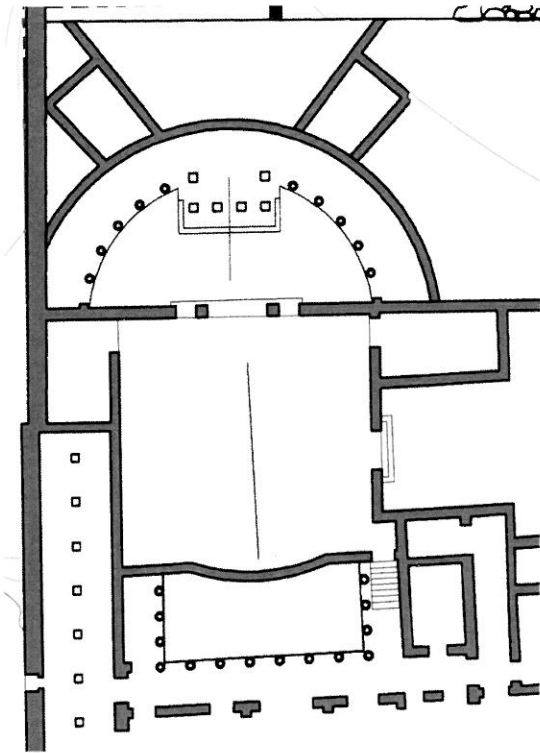


Fig. 26. Edificio "G" (dib. R. Mar).



Fig. 27. Pared curvacabecera del salón "G" con hueco para un gran ventanal. Se ve la roza para el asiento de pavimento y el afloramiento de la roca bajo el pavimento (perdido).

relacionada con ellas, más la bibliografía disponible, podemos afirmar que el barrio oficial de Lixus sufrió una transformación radical a partir del año 20 a.C., que le afectó extensiva y unitariamente.

La interpretación tradicional del "barrio de los templos" como un conjunto de santuarios de época romana fue establecida por Ponsich (1981; 1982) y posteriormente ha sido seguida por buena parte de los investigadores que se han ocupado de Lixus (Rebuffat 1985, 123-128; Lenoir 1992, 271-287; Verga 2000, 273-334; Brouquier-Reddé *et al.* 2008, 129-139), con la excepción de Hallier (2003, 351-380) quien vio en la exedra "F" y sus "anexos" el espacio de los *principia* y del pretorio de la I Cohorte Hercúlea bajo-imperial. Sin embargo la propuesta de los templos en el sector central debe cuestionarse a partir de los argumentos que exponemos (Aranegui, Mar 2009, 29-64) y, en particular, al observar globalmente toda el área y analizar con atención la planta arquitectónica de cada edificio, como expondremos sintéticamente a continuación.

El edificio "F" (fig. 25)

Es la pieza central del complejo, constituida por un gran peristilo de planta rectangular que rodea un jardín ornamental, en cuyo centro se construyó un importante salón con cabecera en forma de ábside, que recoge el eje de simetría que se inicia en la exedra "H", rematado por dos alas simétricas situadas a cada uno de sus lados. También el eje de simetría del porticado N del peristilo se amplía con una sofisticada exedra semicircular (11,25 m de diám.), algo menor que "H", si bien forma parte de su misma composición arquitectónica.

La interpretación del salón "F" como la *cella* de un templo entra en crisis cuando consideramos sus características arquitectónicas. Su pavimento se encuentra a la misma cota que los porticados y el jardín ornamen-

tal del peristilo. Carece, por tanto, del podio característico de los edificios religiosos. Por otra parte, las dos alas del salón comunican con los porticados laterales del peristilo. Lo que configura una circulación con tres puertas, inusual en los templos antiguos. Si unimos estas consideraciones a las dimensiones del salón, tenemos que descartar, de nuevo, su tipología como templo (Brouquier-Reddé *et al.* 2008, 129-139) e inclinarnos hacia su interpretación como salón de banquetes o *oecus triclinaris*.

El edificio "G" (fig. 26)

El conjunto "G" presenta una planta compleja que culmina el desarrollo lineal del *ala oeste*. Se trata de una exedra semicircular, de dimensiones similares a la del conjunto "F", rodeada también por una galería porticada. Se ha conservado el muro de fondo de la galería y el muro curvo sobre el que apoyaban las columnas. A diferencia de "F", el área descubierta del hemiciclo "G" tenía un pavimento duro que acababa en tres escalones sobre los que se alzaba una columnata. En el eje de simetría de la exedra, los escalones formaban un cuerpo rectangular que, sin duda, quedaba reflejado en el alzado del porticado. Podemos restituir con cierta seguridad un cuerpo formado por cuatro columnas al que se debían adosar los dos tramos semicirculares del porticado. El muro curvo que cierra la galería porticada no se interrumpe en el eje central, luego no existía aquí una puerta que pudiese dar acceso a una habitación axial susceptible de ser interpretada como la *cella* de un templo. Se han conservado los revestimientos en *signinum* de una fuente que formaba parte de la decoración interior de la exedra.

El porticado que cerraba la exedra hacia el S, actualmente desmontado, comunicaba con un inmenso salón cuadrangular que cubría toda la anchura del hemiciclo porticado. Su pared meridional (fig. 27), ligeramente curva, disponía de ventanales que abrían hacia el ya citado peristilo en U. Tampoco en este caso concurren argumentos para interpretar como un templo, sea la exedra semicircular, sea el amplio *oecus*.

El edificio "I"-M" (fig. 24, 1, 2 y 3)

La gran habitación casi cuadrada "I" (aprox. 17 m x 16 m) tenía un porticado interior. Para construir la esquina SE de esta sala porticada fue necesario cortar y destruir el extremo occidental del criptopórtico en L. Ponsich (cit., 50) publicó la puerta que daba acceso a esta habitación desde el exterior del complejo augusteo (fig. 28) si bien, lamentablemente, dicha puerta fue desmontada durante los trabajos arqueológicos, a pesar de

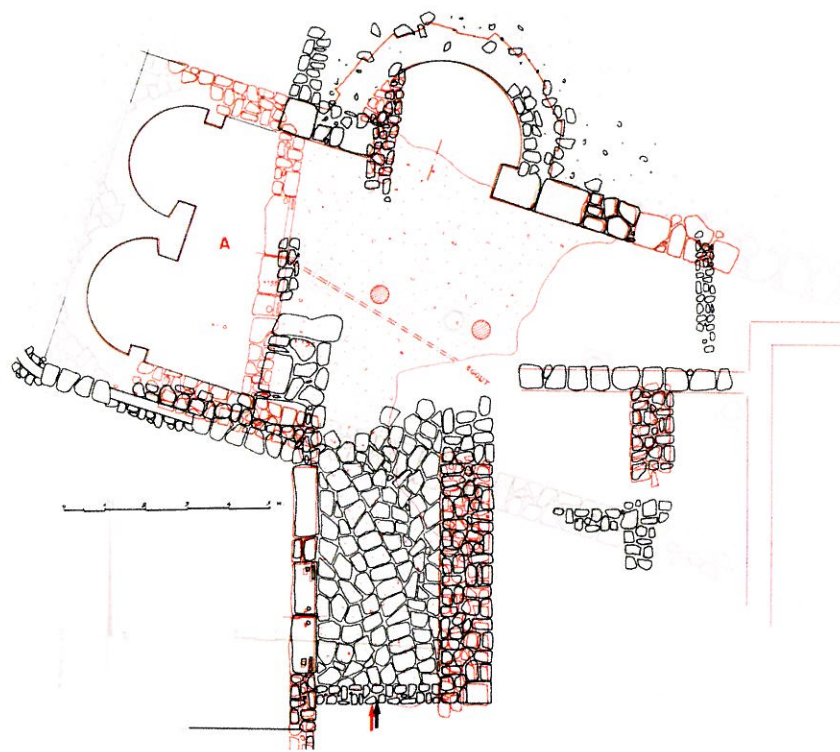


Fig. 28. Puerta de acceso al conjunto palacial de época augustea, según Ponsich (1981).

ser fundamental para interpretar este atrio como el acceso principal al nuevo edificio.

Se conserva, en efecto, un atrio corintio ("T") con *impluvium* central sostenido por pilastras, antesala del enorme patio rectangular provisto de dos alineaciones de basamentos ("M") adosados a sus lados mayores. El tercer eje compositivo, E-O, se iniciaba, por lo tanto, en el atrio y proseguía a través del patio hasta alcanzar lateralmente el gran salón del conjunto "G". La configuración arquitectónica del interior del patio, rigurosamente simétrica, lo demuestra claramente y sus dimensiones excluyen que estuviese techado: es un espacio interior descubierto que sirve de antesala de recepción que conduce axialmente a un espacio rectangular, flanqueado simétricamente por dos alas, equivalentes a las señaladas en el *oecus* "F". El umbral de la gran puerta de entrada al salón "G" se encuentra todavía *in situ*. Resulta evidente que todos estos elementos forman un eje visual que jerarquiza el sistema de circulación y acceso a este gran salón.

El edificio "H", las termas y el sector N (fig. 29)

Pese a que la muralla tardía enmascara la relación del edificio "H" con el conjunto termal situado al N del atrio corintio (Lenoir 1992, 289-298) y al pie del sector

ceñido por el criptopórtico en L (fig. 24, 1 y 8), la proyección de "H" hacia el S es perceptible. La exedra es un peristilo de planta semicircular (20,75 m de ancho int.), excavada en la roca, en cuyo eje se abre un nicho para albergar una estatua, como en "F", que rodea un jardín interior con el asiento de un elemento ornamental ligero en el centro, que sirvió de argumento para la forzada identificación del *delubrum Herculis* de Lixus (Plin. *Nat.* XIX, 63) (Ponsich cit., contra: Niemeyer 1992, 45-57). Los muros de la exedra se prolongan hacia el S y dejan ver el inicio de una serie de pilastras y una puerta que la comunica con el espacio de las termas.

Según diversos autores, su construcción se debería datar en el s. I a.C. (Habibi 1994, 231-241). Otros, sin embargo, precisan su cronología en época de Juba II (Brouquier-Reddé *et al.*, 2006 bis) y consideran que se trata de la palestra de las termas augusteas (? "J"?)?, cubiertas por otras del s. II. Desde este punto de vista, no existe ningún argumento para considerar "H" un edificio religioso, sino solamente una gran exedra ajardinada enriquecida con un porticado perimetral.

Adosadas a la pared N del atrio corintio se construyeron las termas, tardías en nuestra perspectiva en su estado actual. Sin embargo, se distinguen en ellas algunos

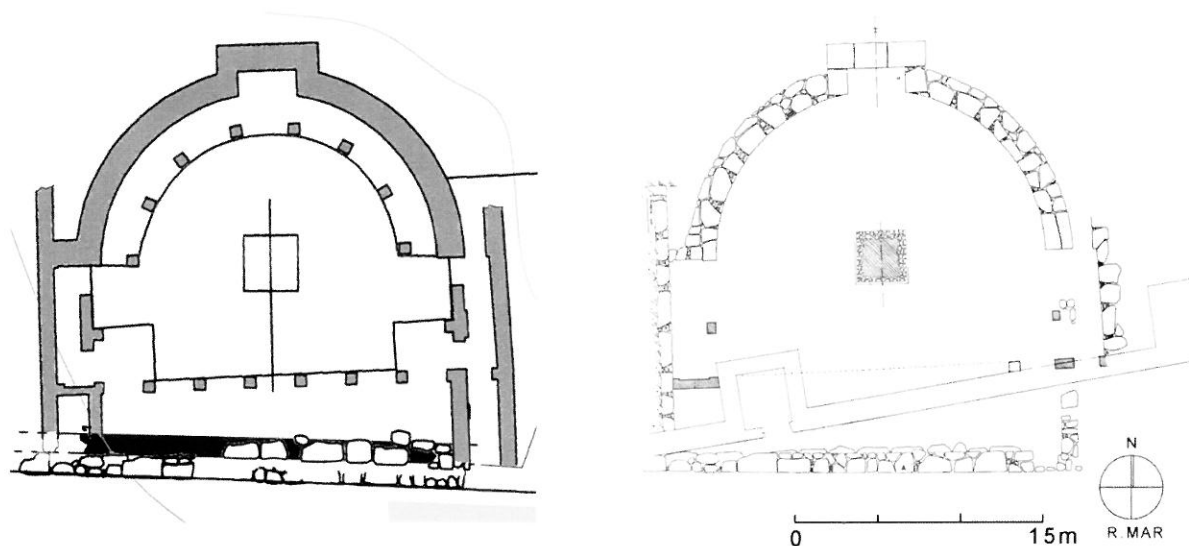


Fig. 29. Exedra "H" (dib. R. Mar).

elementos con certeza más antiguos, tal vez asociados a instalaciones hidráulicas, que se extenderían por debajo de lo que actualmente aparece a la vista y que podrían pertenecer, supuestamente, a un gimnasio, como es habitual en algunas ciudades helenísticas y, más concretamente, en Alejandría (Burkhalter 1992, 345-373).

La continuidad constructiva de los muros que forman estos tres elementos (precedentes termas, vestíbulo corintio, patio de los basamentos) asegura que formaron parte del gran proyecto augusteo. Si los consideramos junto a "F", "G", "H" y añadimos el *ala oeste*, emerge un proyecto arquitectónico unitario, de planta compacta, que atribuimos por su categoría y datación a Juba II.

Salones, jardines y peristilos: la arquitectura de los espacios de representación

El proyecto constructivo descrito guarda una clara relación con la tradición arquitectónica romana: se trata de la plasmación extrema del concepto helenístico de casa aristocrática, que podemos elevar a la categoría de palacio dada la superficie que ocupa. El itinerario de acceso reviste la pompa y solemnidad propia del honor de ser conducido en presencia del *princeps*. El gran salón "G" constituye en realidad un *oecus* de recepción que juega la función del *tablinum*, estancia en la que el *dominus* recibía a sus clientes que, en la tradición tardo-república, se sitúa axialmente en el fondo del atrio y mues-

tra a sus espaldas el jardín del peristilo. En la secuencia de Lixus ocurre que se han "expandido" los espacios dedicados a la recepción del *dominus*. Para acceder a la misma se recorren más de 50 m a través del vestíbulo desde el que axialmente se accede al patio que conduce, también axialmente, hasta una excepcional aula de representación. Los basamentos albergarían las glorias familiares, cumpliendo la función ancestral de los atrios republicanos, mientras que la exedra semicircular que cierra el gran salón hacia el N, con su edículo central, podría corresponder al larario o templo familiar del conjunto, de modo que, en conclusión, todo ello nos inclina a definir el conjunto "G" como el gran salón de recepciones del palacio.

En esta línea de interpretación, el edificio "F" corresponde al triclinio principal. Situado en medio de un jardín y rodeado de pórticos, debía constituir el escenario de grandes banquetes en los que el paisaje incomparable del estuario del Lucus, con su fauna lacustre, se brindaba a los asistentes a través de grandes ventanales, al modo del *oecus* ciziceno citado por Vitruvio (*De Arch.* 6, 3, 10), mientras eran obsequiados debidamente.

La edificación lineal del *ala oeste*, que alcanza a comunicar con el salón de aparato ("G"), forma una secuencia de *cubicula*, donde cabe imaginar toda clase de alcobas y estancias de servicio, organizada en torno a un gran *oecus* ceremonial abierto hacia el criptopórtico (fig. 24, 5).

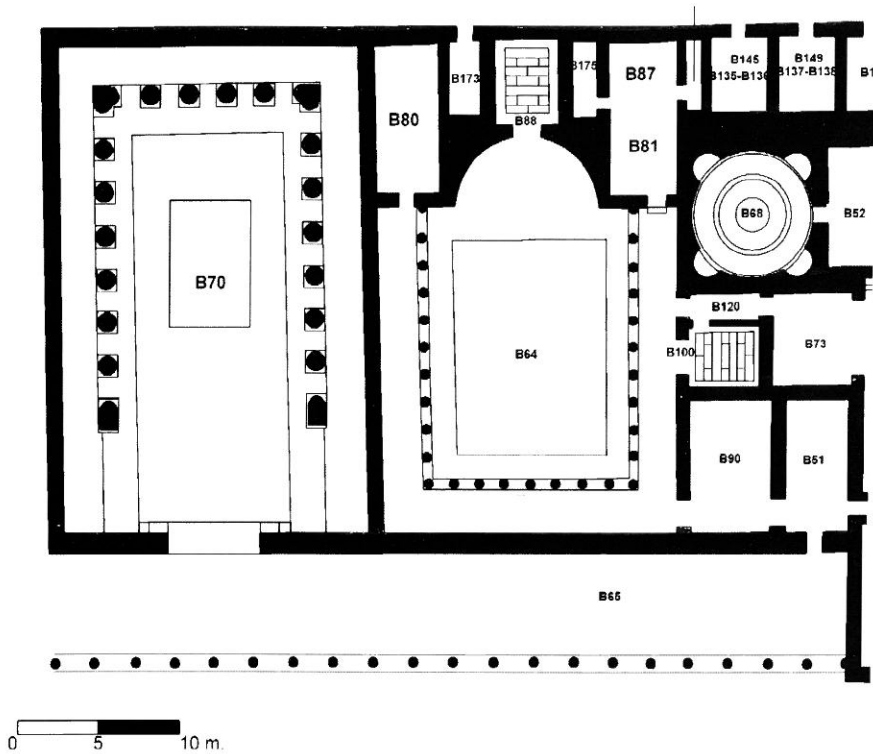


Fig. 30. Planta del sector occidental del palacio de Herodes el Grande en Jericó (E. Netzer 2001, pl. 35).

Los cuatro edificios de culto de la zona oriental permanecieron en uso después de la construcción del palacio. Sus umbrales, aún conservados, siguieron abriendo hacia el espacio público despejado que hemos esbozado delante de los mismos. Es muy probable que, bajo el edificio elevado, pendiente de estudio (fig. 24, 8), éstos fuesen los templos que presidieron el espacio cívico de la ciudad desde época fenicia y que fueran creciendo en número con el paso del tiempo, del mismo modo que aumentaron las *cellae* de Zilil, Banasa o Sala (Boube, 1967 cit.; Brouquier-Reddé *et al.* 2006 bis, 239-243). La construcción del edificio palacial se adosó a estos templos, asociándolos simbólicamente, y, desde luego, manteniéndolos en uso. Pero la zona de jardines, almacenes y dependencias del santuario, fue sustituida por un enorme edificio de más 7000 m² de extensión, junto a un área religiosa que puede suponer unos 4000 m² o más. Estamos así ante unas dimensiones excepcionales cuando las valoramos desde la perspectiva de la arqueología norteafricana. Si descartamos los foros y los edificios de espectáculos, solamente los grandes palacios medio-imperiales o tardo-romanos ofrecen ejemplos comparables (Leveau 1982, 109-165). A pesar de ello, nuestro complejo supera las dimensiones de cualquier otro caso de

la antigua Mauritania, pues incluso el mal llamado “palacio de Gordiano” en Volúbilis (Thouvenot 1958; Ichkhakh 2006 cit.) ocupa un solar de 4554 m². Si observamos este mismo tipo de parámetro en Italia, podemos comprobar que la superficie del conjunto de Lixus es tres veces mayor que la Casa del Fauno en Pompeya. Supera por ello las dimensiones de cualquier casa privada, lo que orienta su interpretación en clave de residencia palacial, en consonancia con la difusión de corrientes culturales que proceden del Oriente helenístico (Nielsen 1999; Etienne cit.), con ejemplos tan descomunales como el de Pella (60.000 m² en 7 conjuntos), o el de Vergina (9248 m², con 278 lechos para unos 500 invitados), ambos en Macedonia, que influyeron en la arquitectura adoptada por la cúspide social de determinados países en tiempos tardo-republicanos.

En resumen, creemos que es posible afirmar que el gran edificio compacto construido en Lixus no era un conjunto de templos sino un gran palacio helenístico, susceptible de ser relacionado con la arquitectura de las grandes residencias aristocráticas tardo-republicanas y de los palacios que proliferan en diferentes lugares del Mediterráneo entre los ss. I a.C y I d.C.

Es plausible que los reyes de los *reinos vasallos* y los personajes notables del Mediterráneo occidental dispusieran de suntuosos palacios. Así lo afirman las fuentes escritas (Diod. XVI, 83, para Sicilia; Polib. X, 1-9; XVII, 52,4, para Carthago Nova) donde recientemente se ha propuesto la identificación de un salón de banquetes, con fecha inicial del 50 a.C. (Noguera et al. 2009, 120-141). Las residencias regias, tal y como se conocen en la Cirenaica lágida, en el Palazzo delle Colonne de Ptolemais o en la Casa del Propileo de Cirene (Stucchi 1975, 215, 311), no debieron faltar en la antigua Numidia (Sennequier, Colonna eds. 2003), aunque todavía no se hayan documentado bajo los niveles romanos de ciudades como Bulla Regia, Hippo Regius ni tampoco, con certeza, bajo Iol-Caesarea (Benseddik *et al.* 1983). Hemos de reconocer, no obstante, que la excepcional calidad de algunas esculturas y elementos arquitectónicos de mármol recuperados en Iol-Caesarea no tiene paralelos en la arqueología de los territorios mauros occidentales. En Caesarea los elementos materiales atribuidos a la época de Juba II llevan la impronta directa de la Roma de Augusto (Pensabene 1983, 69-76). El único hallazgo en Marruecos comparable a los de la capital del Reino protegido es la notable escultura en bronce de Juba II, de Volúbilis, recientemente atribuida a un taller de la propia Caesarea de Mauritania (Landwerh 2007, 65-110, J7).

Durante muchos años Lixus fue cantera de materiales de construcción mientras varias decenas de hornos de cal iban eliminando la decoración arquitectónica y buena parte de la epigrafía antigua y medieval, escasamente documentadas. No obstante, la planta arquitectónica de un importante palacio helenístico ha perdurado y esta afirmación exige atribuir tal iniciativa a un altísimo personaje que, en nuestro contexto, solamente pudo ser Juba II, rey de Mauritania entre el 25 a.C. y el 23 d.C.

El análisis estructural del palacio de Lixus remite a alguna de las residencias de Herodes el Grande en Palestina (Roller 2007, 313-320), gran amigo de Juba II en la infancia y primera juventud, compartida en la casa de Augusto en Roma, residencias que han sido bien estudiadas. De hecho, el conjunto "F" encuentra su mejor paralelo en un sector del gran triclinio del tercer palacio de Jericó (Netzer 1999, 43, figs. 55 y 56), construido en el año 15 a.C. y ampliado hacia el 50 d.C. (fig. 30), que entendemos como el salón de banquetes principal del palacio de Lixus. Este palacio se aproxima igualmente en muchos aspectos a la arquitectura itálica contemporánea, cuando examinamos la composición de su proyecto arquitectónico. Resulta particularmente significativo el uso de ejes de simetría, un principio poco utilizado en la arqui-

itectura y urbanismo púnicos, punto de partida de la cultura mauritana, como bien se aprecia en la fase preaugustea de Lixus. De hecho, la tradición itálica de las casas de atrio y peristilo explica algunas de sus particularidades, regidas por las pautas de los rituales de recibimiento de la clientela por parte del *dominus*. El *tablinum* era el foco de una composición simétrica, abierto en la pared opuesta a la entrada de la casa y con vistas al jardín del peristilo.

Las limitaciones de los modelos helenísticos en la arquitectura palacial de Lixus

Lo que más sorprende al examinar este palacio es el contraste que se produce entre sus materiales y la sofisticada planta del edificio. Para su construcción se reaprovecharon numerosos bloques de piedra caliza procedentes de edificios anteriores, circunstancia que apuntaría, en principio, a una obra de carácter menor que, por economía, recicla materiales constructivos. Sin embargo, la planimetría del palacio destaca por su refinado juego de exedras, nichos, ábsides, peristilos y grandes salones cuya composición en planta refleja la evolución de la arquitectura residencial romana de época tardo-helenística. Sus paralelos los encontramos en las grades residencias campestres de la aristocracia romana. Villas como la Farnesina, en la propia Roma, o la denominada villa de Cicerón en Albano Laziale, instituyen un elaborado juego de curvas en la definición espacial de sus salones principales. En particular, en la Campania, contamos con ejemplos de cronología alta, en la propia Pompeya o en los conocidos ejemplos de Oplontis o Stabia (De Vos, De Vos 1982) que dibujan una tradición arquitectónica reconocible en el palacio de Lixus. Se trata de la escenificación que podemos encontrar asimismo en las grandes villas marítimas de la costa tirrena (Lafon 2001).

Si tuviésemos que destacar un aspecto particularmente notable del diseño arquitectónico de nuestro edificio, pondríamos el acento en la sofisticada relación de las principales estancias del palacio con el espacio exterior. Por una parte, por el juego dinámico que se produce entre los jardines interiores, cerrados por porticados, y las habitaciones que visualizan y se iluminan a través de ventanas y puertas que abren precisamente a estos espacios ajardinados. Contemplar la naturaleza "humanizada" y "controlada" de un *hortus conclusus*, tendido en un lujoso *kline*, mientras se asiste al *convivium* con "iguales", es, sin duda, un *topos* que forma parte de la autorrepresentación de las elites romanas helenizadas. Además, el palacio de Lixus aprovecha hasta sus últimas consecuencias las posibilidades panorámicas de la topografía de su implantación. El



Fig. 31. Prótomos de mula báquica con nielado de plata de un lecho de bronce de Lixus (foto Ch. Boube-Piccot 1975, nº 64).

criptopórtico O refleja la particular sensibilidad paisajística de su arquitecto, al igual que el gran ábside, probablemente con grandes ventanales, del gran *oecus* triclinar "F". Se trata, en definitiva, de una arquitectura "ambivalente", en palabras de Rakob (1983), orientada en relación a las visuales del paisaje, con un elaborado sistema de ejes compositivos que recuerda las mejores realizaciones del helenismo tardío en Oriente y en la propia Italia.

En conclusión, el gran edificio que se construyó transformando los jardines y dependencias del santuario principal de Lixus, por sus características arquitectónicas, puede ser interpretado como un genuino palacio de tradición helenística. En este programa encaja bien el mobiliario con adornos de bronce para salones de banquete, abundante en Marruecos y particularmente en Lixus (Piccot-Boube 1995, 219-231; Boube-Piccot 1975, núms. 63-74) (fig. 31). Los objetos de bronce más suntuarios de Lixus aparecieron, sobre todo, en niveles de incendio descubiertos por debajo de las llamadas casas romanas de Marte y Rea y de Helios, de época tardía, a cierta distancia del barrio de los templos y en un punto más elevado del yacimiento. Aún así, lechos, mesas y candelabros de bronce (fig. 32) encuentran un marco apropiado en la arquitectura interior que ahora presentamos. Sólo la máscara de Océano (Boube-Piccot 1969, 307-309) procede con seguridad de la zona del palacio y se data en época de Juba II, siendo de superior calidad que la máscara de Océano de Cádiz (García y Bellido 1963, 107-108, fig. 16). Lechos (*klinai*) exportados desde El Pireo encontraron destinatarios en Numidia y en Mauritania, tal como prueba el estudio de algunos barcos hundidos en las costas norteafricanas. Son elocuentes los ejemplos de Mahdía (100 a.C.), Anticythera (80 a.C.) y Fourmigue C (Siebert 1973; Coarelli 1983, 45-53;



Fig. 32. Patas de una valiosa mesa de banquete de bronce atribuida a un taller griego procedentes de Lixus (foto Ch. Boube-Piccot 1995).

Baudoin *et al.* 1994; Faust 1994, 580-585), cuyos cargamentos hundidos han sido relacionados con el boato de las cortes norteafricanas. Su cronología cubre un periodo que se extiende entre el 150 a.C. y finales del s. I a.C., pues está probado el tráfico de antigüedades por vía marítima. Parece que los talleres de Delos, que elaboraban estos productos de lujo distribuidos por el Mediterráneo occidental, decaen después del año 69 a.C., continuando la producción, fiel al modelo, en Italia. Como se vio desde su primera publicación (Piccot-Boube cit.), los *fulcra* con apliques en forma de mulas ebrias, cisnes, afroditas, silenos ebrios... son de estilo délico (fig. 31) y hay ejemplares idénticos en Lixus, en Banasa y, en menor medida, en Volúbilis, ciudades todas con muy probable presencia de cortesanos del Reino Mauritano.

Recorridos y organización del espacio para la recepción del monarca

Cuando imaginamos la corte de un monarca como Juba II, que había visitado Asia Menor y Alejandría, tenemos que suponer un proceso de jerarquización de las personas que eran admitidas a su presencia con la consiguiente diferenciación arquitectónica de los espacios reservados a estas ceremonias, como ocurría en el palacio imperial de Roma a lo largo del s. I d.C. (Mar 2005). Naturalmente, la escala y monumentalidad de estos espacios en Lixus están proporcionadas a las dimensiones y recursos materiales y humanos del reino de Juba II.

El banquete

Una de las funciones del palacio de Lixus que podría tener un reflejo más claro en las fuentes escritas es la organización de banquetes para, tal vez, un centenar de invi-

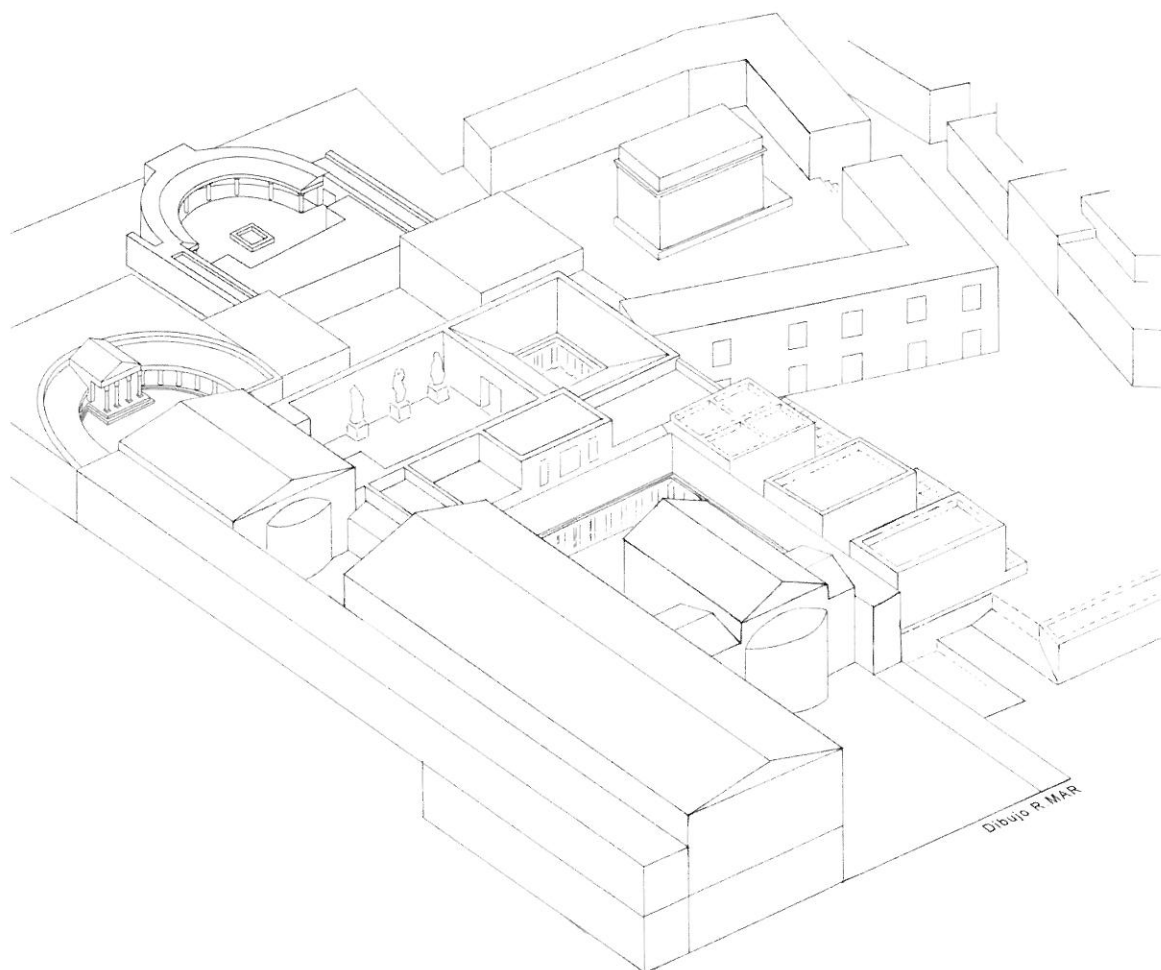


Fig. 33. Restitución del Palacio de Juba II en Lixus (dib. R. Mar).

tados. Se trata de una práctica aristocrática que está presente en la tradición mediterránea desde el comienzo de las actividades coloniales. Desde los *simposia* griegos hasta los *convivia* romanos, el banquete entre iguales constituye una de las formas tradicionales de reciprocidad entre aristócratas. El desarrollo de las liturgias monárquicas en época helenística convirtió esta actividad en uno de los puntos focales de la recepción de los soberanos. Así lo muestran las conocidas referencias a las fiestas en los palacios de los tiranos de Siracusa o las que celebraba la monarquía lágida en el palacio de Alejandría (Empereur 1998). Particular suntuosidad atribuyen las fuentes a la construcción de naves de recreo para su celebración en barcas que navegaban a lo largo del Nilo, extremo que no es imposible en Lixus aprovechando la laguna.

En la civilización romana se celebraban *epula publica* en ocasiones solemnes. Con frecuencia tenían como

escenario el interior de los templos más prestigiosos e incluso las plazas públicas, pero, sobre todo, se convocaban en la casa del príncipe:

“Invitaba con frecuencia (Augusto). Pero en estas comidas, siempre regulares, distinguía cuidadosamente los rangos y las personas. Refiere Valerio Mesala que jamás admitió a su mesa a ningún liberto, exceptuando a Menas, a quien había concedido todos los derechos inherentes al nacimiento libre, por haberle entregado la flota de Sexto Pompeyo ... Sus comidas consistían habitualmente en tres servicios, y seis en las grandes solemnidades... Hacía acudir músicos, histriones, bufones y bailarines del circo” (Suet. *Aug.*, 74).

Eran festines que se movían en la ambigua frontera entre una cena privada y un banquete público. De hecho acabaron siendo una forma de presentación pública del emperador. En cierta manera, los aspectos ceremoniales

de la celebración convirtieron la invitación a palacio en una obligación formal, asociada al cargo que un magistrado podía ocupar en un momento concreto de su carrera”.

Las dimensiones de los salones de Lixus son proporcionadas a un palacio secundario de la monarquía. El jardín y los peristilos que lo rodean ofrecían un espacio adicional para alojar los lechos de banquetes, situando en el ábside el lecho del rey.

La desaparición de la figura del monarca

El reino de Juba II, tras el asesinato de su sucesor Ptolomeo hacia el 40 d.C., fue transformado en dos provincias romanas (Fishwick cit.). La toponimia de la Caesariense se asocia reiteradamente en las fuentes escritas con el calificativo de *regia-regius* que, sin embargo, no se encuentra en la Tingitana. Es sabido que la capital de Juba II quedó establecida en Iol-Caesarea (Cherchel, Argelia) cuyo nombre expresa la alcornia de otras sedes políticas del Mediterráneo oriental tardo-helenístico, como Caesarea Maritima, gran ciudad de Palestina reconstruida por Herodes el Grande en el 25 a.C. Las fuentes escritas, sin embargo, no dan noticia de ninguna ciudad fundada por o asociada al monarca en la parte occidental de su reino. Estas carencias en la documentación escrita diferencian el estatus social prerromano de ambos territorios, y así han sido interpretadas tradicionalmente por la investigación. El diferente peso de las tribus nómadas respecto a las mauritanas, en sus respectivas áreas, o bien la política de los reyes vasallos de Roma que gobernaron ambas regiones, podría explicar estas diferencias. En todo ello habrían jugado un papel fundamental Juba II y su hijo Ptolomeo, apoyados por la tutela del propio Augusto (Benabou 1977, 145-165), en su aproximación a la Bética y, en general, a Hispania (Beltrán 1980, 133-141; *CIL* II, 3417), en una grado que no halla comparación en la futura Caesariense.

Sobre la casuística del Reino de Mauritania y sus huellas arqueológicas en Marruecos irrumpió con enorme fuerza la investigación arqueológica francesa (Gran-Aymerich 2006), ligada a Carcopino (1933; 1943). La ciudad de Volúbilis fue elevada a la categoría de *Regia Iubae* por razones principalmente de convencimiento personal de los investigadores, que no es éste el momento de discutir. Lo que importa ahora es recordar que este protagonismo canalizó las más importantes inversiones francesas hacia la arqueología de Volúbilis, que es todavía hoy el yacimiento más visitado por el turismo, mercedamente incluido en la lista de Patrimonio de la

Humanidad de la Unesco en 1997. Su interpretación como capital de Juba II se ha mantenido en los círculos académicos hasta la actualidad (Thouvenot 1949; Euzenat 1957, 41-64; Camps 1960, 146-166; Desanges 1960, 437-441; Romanelli 1966, 1202-1204; Jodin 1987), con tan sólo algunas reticencias por parte de un sector reducido de epigrafistas (Gascou, De Kisch 1982) e historiadores (Coltelloni-Trannoy 1997, 81).

Los argumentos que aquí proponemos a favor del papel de Lixus en el contexto del Reino Mauritano implican únicamente una actitud crítica respecto al exclusivo protagonismo de una ciudad, de una *regia*, en razón del concepto itinerante de la sede monárquica. Seguimos sin datos positivos acerca de la creación de ciudades nuevas en Marruecos por parte de Juba II o Ptolomeo. Sin embargo, la investigación actual prueba que hay fundaciones de ciudades con toponimia libia o local relacionadas con sus predecesores (Dchar Jdid-Zilil, Rirha-Gilda, Rushadir...). Existen además pruebas arqueológicas que indican grandes remodelaciones urbanísticas durante el periodo mauritano prácticamente en todo el N de Marruecos y, específicamente, en la propia Lixus, panorámica que refleja el acelerado proceso de integración política urbana de las poblaciones probablemente de origen local pero de tradición cultural púnica, que se culmina en el s. II a.C. Para comprender bien el proceso que actualmente está emergiendo en el territorio marroquí, gracias a la atención que se presta por parte de los arqueólogos a los periodos pre-romanos, es necesario reconsiderar lo que entendemos por capital y por *regia*. Estamos persuadidos de que el programa urbanístico de Lixus se verá pronto acompañado por el de muchos otros yacimientos, dotados incluso de un boato atribuible a la aproximación del soberano a las tribus, que encaja en un concepto itinerante de la capitalidad con el fin de favorecer la negociación con los poderes locales. Es lo que Coltelloni-Trannoy (2005 cit.) ha llamado conciliación entre el poder local y el oficial y lo que Alexandropoulos (1992, 249-254) observa en las acuñaciones de los reyes mauritanos, romanas por sus patrones monetarios pero, sin embargo, con letreros y tipos que pueden ser púnicos, griegos o latinos. Estas adaptaciones favorecieron, pese a la precariedad de equilibrios, la estabilidad política, por una parte, e introdujeron una creciente jerarquización de las ciudades, por otra, que dejaron infraestructuras monumentales, reconocibles arqueológicamente, como proponemos en este volumen (fig. 33).

Nota:

1.- Las iniciales entre comillas se refieren a la nomenclatura de Ponsich 1981.